





Aquel Madrid

50 años de fotografías del diario *Madrid*

1921 / 1971

Fundación Diario
Madrid 

Asociación de Periodistas  Europeos



EXPOSICIÓN

ORGANIZA

Fundación Diario Madrid
Asociación de Periodistas Europeos
Secretaría de Estado de Memoria Democrática

COMISARIO

Juan de Oñate

CATÁLOGO

EDITA

Fundación Diario Madrid
Asociación de Periodistas Europeos
Secretaría de Estado de Memoria Democrática

DISEÑO Y PRODUCCIÓN EDITORIAL

Exilio Gráfico

IMPRESIÓN

Gracel

Nuestro agradecimiento a José-Vicente de Juan, Antonio Carrasco,
Nieves Simón, Pepi Peralta y Agustín Vergara

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© de la edición: Fundación Diario Madrid, Asociación de Periodistas Europeos
y Secretaría de Estado de Memoria Democrática, 2022.

© de los textos: sus autores © de las ilustraciones: sus autores

Imagen de cubierta:

Para combatir el frío: coñac para los guardias de servicio, 1954. Foto: Cifra

Imagen de contracubierta:

Frente a la vaquería / Calle Serrano, 1965. Foto: Cifra

ISBN: 978-84-09-38614-7

Depósito legal: M-4030-2022

Las publicaciones de la APE cuentan con la colaboración de





BIBLIOTECA PUBLICA

MINISTERIO
DE
EDUCACION

Cristaler



Entre el costumbrismo y la antropología

La exposición *Aquel Madrid* ha reunido en sus paredes una cuidada selección de fotografías que hace años merecieron ocupar otro espacio: las páginas del diario *Madrid*. Dos espacios y distintas épocas unidos en reconocimiento a la importante labor de periodistas gráficos durante el siglo XX.

Hasta la llegada de la radio y la televisión —y después, en convivencia con ellas— la mayoría de las personas solo tuvieron como opción informativa la prensa en papel. Ésta representó durante mucho tiempo el soporte único de la actualidad y sirvió para cumplir con el interés de la ciudadanía por saber qué ocurría en su ciudad. En muchos diarios fueron especialmente relevantes las secciones de información local, y las fotografías que aparecían en ellas eran parte fundamental de su labor. Sus autores daban fe de una realidad cercana pero que, a la vez, era muy lejana para quienes la leían.

La memoria va diluyéndose con el tiempo pero ahí quedan, como reflejo imperecedero de una época, las crónicas escritas y las instantáneas para prensa. El trabajo de aquellos periodistas y reporteros gráficos expresa el palpito de la ciudad que vivieron y capturaron como testigos a pie de calle de su pulso diario. Testigos del devenir de una urbe en movimiento constante, que nacía nueva cada día, lista para reformular la mezcla entre lo viejo y lo nuevo, entre los oficios ancestrales y las nuevas ocupaciones. Una ciudad que fue expandiéndose geográficamente, combinando edificios nuevos con palacetes y casas antiguas, callejones con avenidas, carromatos con motocicletas y autobuses, en una dinámica incesante e imparable que llega hasta nuestros días.

Hoy disponemos de teléfonos inteligentes y una capacidad ilimitada para guardar momentos personales que podemos, además, compartir al instante con el mundo entero. Sin embargo, hubo un tiempo en que no fue así. ¿Quién no recuerda aquellas cámaras de fotos, con sus objetivos intercambiables y sus carretes de negativo? ¿Quién no ha sentido la emoción de tener en la mano las copias en papel, después de haber ahorrado dinero para revelarlas?

Cada foto de esta exposición es un tesoro que nos permite conocer la génesis y la evolución de un espacio urbano compartido; un territorio común que ha ido transformándose al ritmo de los cambios sociales y urbanísticos. Las imágenes que integran la exposición y el catálogo constituyen un excelente fresco documental de la vida cotidiana en Madrid durante medio siglo. Informan y documentan, a mitad de camino entre el costumbrismo y casi la antropología, con un trasfondo de indisimulado afecto. A través del visor de su cámara, sus autores fueron fidedignos notarios de una actualidad que hoy ya forma parte de la Historia. Persiguieron los acontecimientos cotidianos, con espíritu de periodista y mirada de artista, hasta convertir una simple anécdota en una gran categoría, un gesto espontáneo en el símbolo de una época.

También rebosan sentimiento hacia la ciudad los textos que acompañan este catálogo, firmados por madrileños y madrileñas de toda la vida, como es el caso de Almudena Grandes, y por otros de adopción. Las líneas que comparten en esta publicación son una grata invitación a releer sus obras, en las que tanta presencia tiene Madrid.

La selección de imágenes en blanco y negro reconstruye un paisaje urbano reconocible para las personas mayores y, a través de sus relatos, imaginado por la juventud. La fotografía atesora un extraordinario poder de activación de la memoria y, por eso, de alguna manera confluyen en esta muestra los recuerdos de nuestros padres y abuelos con nuestra propia memoria, fresca y reciente. Reconstruimos *aquel Madrid* de manera bicromática, en blanco y negro, precisamente por el carácter y la capacidad evocadora de estas instantáneas; momentos congelados que no llegamos a vivir pero que, cierta y mágicamente, sentimos como propios.

Quiero finalizar destacando la faceta detectivesca que las exposiciones de fotografía histórica estimulan en sus visitantes. *Aquel Madrid* invita a reconocer el inconfundible paisaje capitalino: una esquina, una calle, un mercado, un espacio deportivo... Entrelaza la nostalgia con la curiosidad; propone recordar y descubrir, explicar y entender mejor por qué Madrid es como es; por qué siempre está, acogedora e incombustible, elegante y golfa, corte y villa, velazqueña y goyesca. Capaz de integrar en la palabra *orgullo* el nombre de una agrupación castiza y nuestras fiestas más internacionales.

Vivir o ser de Madrid es estar orgulloso de nuestra ciudad. Una ciudad única. Todos somos Madrid y Madrid es todos y cada uno de nosotros: los que fotografían y las personas fotografiadas; los recién llegados y quienes aquí nacimos. Recordando a Joaquín Sabina, madrileño de Úbeda, podemos decir, sin temor a equivocarnos, que *quien aquí ha vivido, aquí quiere quedarse*.

Esta exposición brinda la posibilidad de entender mejor su alma conociendo cómo fue *aquel Madrid* que los fotoperiodistas vieron y contaron. Sus instantáneas son llaves de entrada al territorio de la memoria compartida y, por tanto, del mismo modo que merecieron la publicación en prensa, también merecen ser añadidas al álbum sentimental de nuestras vidas.

Finalizo agradeciendo el trabajo realizado desde la Fundación Diario Madrid, la Asociación de Periodistas Europeos y la Secretaría de Estado de Memoria Democrática para hacer posible esta exposición.

Espero que la disfruten.

FÉLIX BOLAÑOS GARCÍA
Ministro de la Presidencia, Relaciones
con las Cortes y Memoria Democrática





Madrid sonríe

Decía Francisco Umbral que Madrid es una excusa para contar historias y eso es lo que pretende esta exposición: recopilar 172 historias resumidas en un instante, en una imagen fija captada por la sagacidad del fotógrafo.

Abarca medio siglo (1921-1971) de la vida de la ciudad y de la de sus habitantes, los madrileños, protagonistas indiscutibles de la muestra. Es sencillo concluir que ser madrileño no obedece al lugar de nacimiento sino a la voluntad integradora, de manera que, como afirmaba Calderón de la Barca, «Madrid es patria de todos, pues en su mundo pequeño, son hijos de igual cariño españoles y extranjeros».

Madrid son lugares, pero también son actitudes, y aquel Madrid es bullicio, es fiesta, es calle, es el paseo vespertino y los botijos a la fresca, es la conversación nocturna y el tráfico desesperante (de cuadrúpedos primero y vehículos motorizados después), son los mercados, las colas en el metro y los intentos de convertir en playa las orillas del «aprendiz de río» que es el Manzanares. Aquel Madrid es trabajo a destajo y es siesta, es madrugón y verbena, es rutina y alboroto, es disfrute. Es la plaza de Oriente nevada y abarrotada la piscina del parque sindical —sin que, por cierto, a un solo madrileño se le atisbe un centímetro de grasa de más—, son las barcas del Retiro y los aguinaldos navideños. Es hipódromo y estación de tren, son las prisas y el sosiego, carnavales, corralas y ese baile importado antes de ayer de Bohemia llamado chotis. Madrid es lo que cada uno quiera que sea.

La exposición parte de una ciudad urbanísticamente reducida a su mínima expresión en la que las carreras de caballos se celebraban en el paseo de la Castellana, a la Gran Vía le faltaba el edificio Capitol, los jardines de Sabatini se encontraban en estado embrionario y la expansión hacia el Norte apenas alcanzaba los Nuevos Ministerios. Fue creciendo la ciudad, las calesas dejaron paso a tranvías y trolebuses y, junto a su progreso rumbo a la modernidad, evolucionaron también sus habitantes, sus profesiones y costumbres. Lo que no varió fue su capacidad de superación y su espíritu. A pesar de lo convulso de los momentos recogidos en la exposición, resulta sorprendente y elogiosa la sonrisa con la que el madrileño parece afrontar las dificultades. La que regalan las vendedoras en la corredera baja o la que desprenden los viajeros que tratan de mantener el equilibrio para no caer de un abarrotado autobús, la de los panaderos al alba y la de quienes barren la calle, rebosantes de contagiosa alegría, la de las churreras y la de los guardias urbanos, la sonrisa del sereno. Sonrisas en tiempos de penuria, expresiones naturales de disfrute de la vida.

Las 172 fotografías expuestas se seleccionaron de entre las más de 160.000 que componen el archivo que custodia la Fundación Diario Madrid y que proceden del *Heraldo de Madrid* primero y del diario *Madrid* después. Juntas

realizan un recorrido por el crecimiento de la capital y de sus gentes desde la cotidianeidad y el costumbrismo. Fueron realizadas por destacados autores como Díaz Casariego, Pérez de Rozas, Luque, Anguita, Basabe, Cervera, Urech o Wagner, entre otros, para ilustrar informaciones sobre sucesos concretos o acontecimientos diarios como las nevadas, las obras, las fiestas populares o los servicios de abastecimiento. Fueron presentadas a los editores con títulos en ocasiones magníficos que hemos tratado de respetar en sus pies. Su datación no siempre es exacta, pero trata de contribuir a enmarcar una evolución urbanística y social de la que Lope de Vega consideró la hermosa Babilonia.

Además del prólogo, firmado por el ministro de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática, Félix Bolaños, acompañan a las imágenes otros nueve textos de personalidades destacadas del mundo de las letras. En ellos, Andrés Trapiello realiza un paseo por su memoria madrileña, Carmen Martín Gaité acompaña a los viajeros del metro desde Sol a la Plaza Mayor, Javier Marías recorre pausadamente las calles del barrio de Chamberí, Luis Carandell analiza el cielo de Madrid («por la mañana es un Velázquez, luego pasa a ser Goya»), Javier Ríoyo visita sus lugares inolvidables de la capital saludando a sus correspondientes camareros, Miguel Ángel Aguilar nos describe las calles que habitan en su memoria, el cocinero Nino Redruello nos cuenta, a través de su pasado, la historia de cuatro generaciones de taberneros madrileños y Jesús Picatoste y José-Vicente de Juan nos aproximan a la labor de los redactores gráficos. Especial ilusión nos hace incluir el texto que escribió Almudena Grandes a propósito de la apertura del archivo gráfico del *Madrid*, situado a escasos metros de su casa, en el que detalla cómo era el comercio madrileño y sus sorprendentes reclamos publicitarios.

La exposición *Aquel Madrid* se enmarca en el programa de actividades con el que la Fundación Diario Madrid, la Asociación de Periodistas Europeos y la Secretaría de Estado de Memoria Democrática quieren conmemorar el quincuagésimo aniversario de la orden de cierre al *Madrid* dictada por el Gobierno de Franco. Nuestro agradecimiento a quienes, desde la sombra, hicieron posible que estas imágenes salieran a la luz. De entre ellos me permito destacar a Antonio Carrasco, Nieves Simón, Pepi Peralta y Agustín Vergara.

Realicen a través de estas páginas un lento paseo por aquel Madrid y, como reza el cartel que presidía las fiestas en honor de la Virgen de la Paloma de 1959, ¡Viva Madrid, que es el pueblo de todos!

JUAN DE OÑATE ALGUERÓ
Comisario de la exposición





Índice

«Cualquier Madrid», por Andrés Trapiello

19

Imágenes (años 20)

22

«Cuatro generaciones en la taberna», por Nino Redruello

46

Imágenes (años 30)

50

«La gente en Madrid», por Carmen Martín Gaité

60

Imágenes (años 40)

61

«Velázquez esquina Goya», por Luis Carandell

126

Imágenes (años 50)

127

«En Chamberí», por Javier Marías

144

«Viviendo en Madrid», por Miguel Ángel Aguilar

170

Imágenes (años 60-71)

175

«No compre aquí», por Almudena Grandes

200

«Yo tenía un camarero», por Javier Ríoyo

227

«Redactores gráficos, no solo fotógrafos»,
por Jesús Picatoste y José-Vicente de Juan

232



Cualquier Madrid

por Andrés Trapiello

Aquel Madrid... En mi opinión, el título más bonito que nadie le ha puesto a un libro sobre Madrid, sencillo, escueto y sobre todo, evocador. Vale para cualquier época. Pocas veces dos palabras han llegado a ser más expresivas. Resulta extraño que tardara tanto en salir a la palestra literaria, como esos números de la lotería que ya con toda la holgura bailan dentro del bombo resistiéndose hasta el último minuto a abandonarlo.

Claro que un título tan bueno tiene algunas desventajas, la principal de todas lograr que su contenido responda plenamente a las expectativas que despierta.

Víctor Ruiz Albéniz es más recordado hoy por haber sido abuelo del que sería uno de los mejores alcaldes de Madrid, Alberto Ruiz Gallardón, que por el amable costumbrismo con que llenó aquel volumen de 1944. Incluso más que por sus crónicas de la guerra civil, firmadas bajo el seudónimo, sonoro y significativo, de *Tebib Arrumi*, muy celebradas en su bando, más incluso que por dos de sus seudónimos, también bonitos, *Chispero* y *Acorde*.

Mucho tardó en destilarse, sí, *Aquel Madrid*. Pero una vez cristalizado, todos lo encontramos natural, quiero decir que si nos dijeran que fue un título de Antonio Flores, el cronista preferido de Gómez de la Serna por encima de Mesonero Romanos, o de Luis Carandell, el preferido mío a la par que Cañabate, también lo creeríamos.

¿Y cuál es la razón de su fortuna? ¿Por qué a todo el mundo le dice algo ese título? Porque todos tenemos un Madrid propio y a todos Madrid y la vida se nos van quedando atrás muy deprisa. Todos podemos hablar de *aquel Madrid*, el nuestro.

¡Cuánto se ha repetido que Madrid es un poblachón manchego! Que lo fuera no quiere decir que lo siga siendo. No lo es. Hace ya mucho que dejó de serlo. Exactamente en 1959, el año en que se aprobó el Plan de Estabilización, el año en que Madrid, como toda España, dejó de ser cervantina para ser otra cosa. Ahora, Madrid ha conservado el aire campal, campero, campechano. El famoso aire de Madrid, ese de la sierra del Guadarrama o de Toledo, según sople, es un aire pueblerino, o sea, aristocrático, el que descubrieron en la capital los institucionistas, Giner, Azcárate, Cossío, *Demófilo* y todos los demás que vivieron un Madrid propio, ese que hemos venido buscando de todas partes de España los que nos asfixiábamos en nuestras capitales de provincia, en nuestras aldeas.

Madrid, desde que tiraron en 1868 la cerca que había levantado Felipe IV, no ha parado de crecer de una manera impetuosa. Incluso cuando parecía que se estancaba, se le han dado empujones formidables. Sucedió cuando el susodicho Gallardón acometió, con el nombre Madrid Río, el plan urbanístico más ambicioso desde la caída de la cerca. De nuevo dos palabras solo, el triunfo de lo sencillo y escueto.

En esta ocasión se lograba incorporar a Madrid los barrios del sur a los que separaban más que un río (pobre Manzanares; cómo va a separar nada un río que se puede cruzar de un salto), a los que separaban, digo, la desconfianza, la timidez del recién llegado y la pobreza.

Con Madrid Río Madrid ganó en una sola tacada unos cientos de miles de personas que empezaron a acudir de todas las partes de la ciudad, pero no solo de ella.

Antiguamente el Madrid viejo se iba colmatando con las gentes que veníamos de fuera. Cuando el Madrid viejo no dio más de sí, Madrid empezó a colonizar las afueras, sus arrabales, y a incorporar a Madrid los pueblos limítrofes.

Hoy vemos cómo Madrid crece cada día sin necesidad de incorporar nuevos activos. Como el pan aumenta de volumen por el hurgamiento. Los políticos recurren a una palabra: dinamismo. Madrid siempre ha sido dinámico, lo lleva en su genética desde 1561, pero Madrid crece sobre todo por el hurgamiento, por la levadura. Todos lo somos aquí. Madrileño lo es cualquiera. Mientras alguien permanece en Madrid (tanto da que sea un fin de semana como toda la vida), es madrileño, lo hace crecer como un pan.

¡Qué difícil es estar en Madrid al tanto de las novedades (ni siquiera puede uno en su barrio llevar la cuenta de los comercios, restaurantes y bares que se cierran y se abren de una manera vertiginosa)!

De modo que nos pasamos la vida recordando aquel Madrid, el nuestro, la taberna a la que íbamos de jóvenes o en un viaje (si veníamos desde «la provincia»), el cine que cerró sus puertas, incluso el museo que sigue en su sitio, transformado para siempre (como el Museo Romántico con cuyo romanticismo terminaron para siempre) o buscando inútilmente el taller de reparación de calzado que creíamos abierto y que al preguntar a los vecinos nos informamos que lleva desaparecido doce años.

Comprendió uno lo que significaba la expresión *aquel Madrid* cuando cierto día sorprendí a mis hijos, que no llegaban entonces a la treintena, haciendo un repaso melancólico, romántico, por todas las plazas donde jugaron, ya reformadas, los billares desaparecidos y las tiendas de chuches que habían hecho las delicias de su infancia, transformaciones de las que yo, treinta años mayor que ellos, apenas me había apercebido.

La memoria está para evocar el pasado con la profundidad o ligereza de cada cual, con un sentimiento punzante o con una plácida conformación.

Las fotografías, sin embargo, mucho más que la literatura o de otro modo, tienen un poder inconmensurable de activar todos los registros de esa potencia que es la memoria. Ante ellas, si se trata de asuntos reconocibles por todos (incluso cuando se trata de tipos anónimos, como en aquella memorable exposición que se tituló así, *Madrid-Leños*, en la que se juntaron unos cientos de fotos aportadas por particulares), cada cual va a aportar su granito de arena en la reconstrucción del pasado.

Si Giner dijo lo de «todo lo sabemos entre todos» (comparable al quijotesco «nadie es más que nadie»), nosotros podríamos ponerlo al día diciendo: todo lo recordamos entre todos. Claro que la memoria es una facultad intransferible y personal. Por supuesto que los pueblos no recuerdan, como pretenden colar los nacionalistas, ni es posible una memoria histórica, porque la historia tampoco puede recordar por cada uno de los individuos que la ejerce. Pero si decimos que podemos recordar entre todos es para significar que hemos de respetar los recuerdos de cada cual. No hay ningún recuerdo sentimental que valga más que otro, ni el recuerdo afectivo que yo tenga de mi padre vale menos ni más que el que tienen mis hermanos de él.

Aquí estamos, pues, ante esas fotografías, recordando entre todos lo que ellas nos proponen limpiamente de aquel Madrid, porque más o menos pueden hacerlo. Y digo limpiamente porque las fotografías pueden proponer también suciamente amaños, del mismo modo que la memoria jugarnos una mala pasada, y hacer que recordemos incluso lo que jamás llegó a suceder.

En las imágenes de este Madrid seguramente vamos todos a ir de acuerdo.

Aquí estamos, pues, recordando que aquel Madrid es este Madrid, cualquier Madrid, del pasado o del futuro.





Años 20 / [Al mercado](#) (página anterior)



Años 20 (1926) / [Un día en las carreras](#) / Hipódromo de la Castellana (Foto: Ortú)







Años 20 / [Estación del Norte](#) (Foto: Julio Luque)





Años 20 / [Carga y descarga](#) (Foto: J. Luis Pérez de Rozas) (página anterior)

Años 20 / [Día de verbena](#) (Foto: Julio Luque)

Años 20 / [Expectación ante el incendio](#) (Foto: Julio Luque) (página siguiente)







Años 20 (1928) / A vista de pájaro / Gran Vía (Foto: Julio Luque)







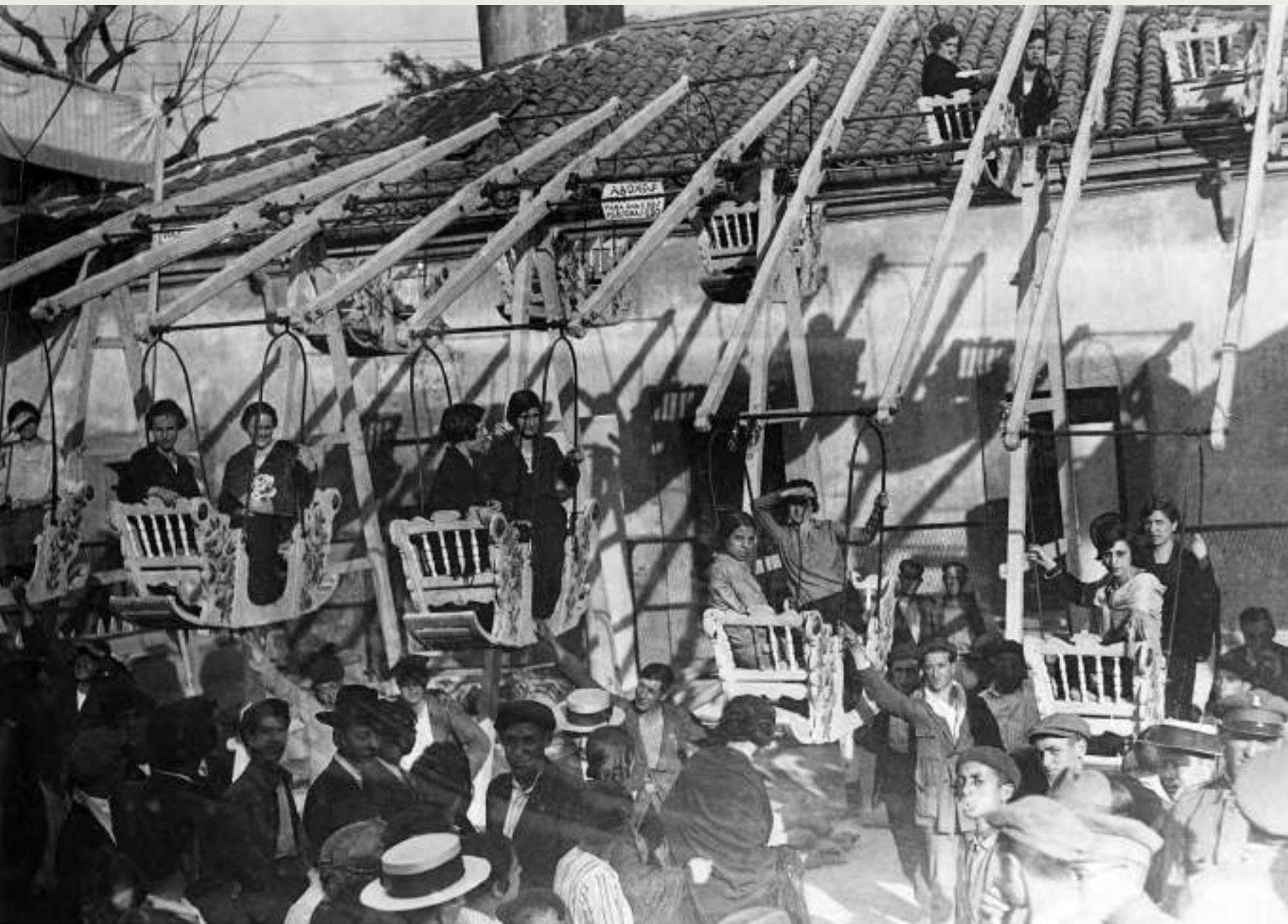
Años 20 (1929) / [Plaza de Puerta de Moros](#) (Foto: Julio Luque)







Años 20 (1929) / Cine Príncipe Alfonso / Calle de Fuencarral (Foto: Julio Luque)





Años 20 (1927) / [Invasión china en el carnaval](#) (Foto: Julio Luque)





Años 20 (1929) / [Mercado de la Cebada](#) (Foto: Julio Luque)





Años 20 (1929) / [Mercado de la Cebada](#) (Foto: Julio Luque)



Cuatro generaciones en la taberna

por Nino Redruello

«Los Pinchitos» es una cafetería típica madrileña del centro de Madrid con una gran barra central. Probablemente sea mi sitio favorito para desayunar por la forma tradicional en la que hacen las porras y los churros. Hace unos años entré a la cocina y su manera de freír me pareció un verdadero arte. Estoy sentado en una de sus mesas con mis padrinos, mi tía Miren y mi tío Nino. En el trayecto desde nuestro restaurante familiar, La Ancha, donde me han recogido, hemos comentado lo vertiginosamente que está cambiando el centro de Madrid y lo agradable que se está poniendo para pasear y para vivir. Estamos en la calle de Los Madrazo. Realmente no fue en esta calle en la que empezó nuestra historia, pero sin duda allí se desarrolló la parte más importante. Casi enfrente de donde nos encontramos, en el primer piso del número 29, en la década de los 40 nacieron mi padre, Antonio, y mis tíos Santiago, Nino y Encarna. Todos ellos de la misma manera: mi abuela Elia rompió aguas en la cocina de la taberna las cuatro veces y, tras terminar el servicio —de la noche, por supuesto— subió al primer piso para traerles al mundo.

Nuestra historia hostelera comienza en Madrid, pero con una fuerte raíz asturiana ya que mi bisabuelo nació en una braña a ocho kilómetros de Luarca. Eran vaqueiros de alzada, una raza de ganaderos trashumantes de altura que habitaban los montes de Asturias y León. Por alguna razón que mi tío desconoce decidió agarrar unas morcillas y chorizos ahumados y bajar en solitario a Madrid para poner una taberna. Desde la distancia del tiempo sospecho que algo tuvo que ver que a aquella raza de vaqueiros brutos y grandes no se les permitiera juntarse con la civilización como recuerda el hecho de que persistan aún pequeñas iglesias con barrotes que separaban a los civilizados —más próximos al altar— de los vaqueiros, que tenían que conformarse con seguir las ceremonias desde la distancia.

La primera taberna de mi bisabuelo la fundó en 1919 en la famosa calle Mayor, en la parte en la que, tras bajar desde Sol y cruzar la preciosa plaza de La Villa, la travesía se abre hacia la catedral de la Almudena. Me encanta esa zona de Madrid que aún retiene con ahínco su identidad de pueblo castellano. Como recogen las fotos de esta exposición, era aquella una época de carros y mucha vida en las calles. Un día me contó un gran cliente que el motivo de que el Madrid antiguo esté lleno de locales estrechísimos y sorprendentemente alargados era que en

aquella época los impuestos se pagaban en virtud de los metros de las fachadas. Comprobé algo similar cuando visité un edificio del barrio de La Paloma que, con ese mismo propósito de evitar impuestos, por fuera aparentaba tener dos pisos mientras que en realidad contenía tres viviendas, con el consiguiente descuadre de ventanas.

Debido a ese motivo mi bisabuelo llamó a la taberna «La Estrecha» y un año después de su puesta en marcha pidió a su mujer que enviara al mayor de sus hijos en tren a Madrid para echarle una mano. Así, con diez años, mi abuelo Santiago comenzó a tener jornadas laborales interminables.

Corría el año 1920 y con aquel crío recién llegado a la capital se produjo en ese local un acto de gran relevancia en el mundo taurino. El matador Joselito (el Gallo) mantenía un prolongado enfrentamiento con el periodista e institución en la tauromaquia, Gregorio Corrochano, de manera que, durante años, diestro y periodista se evitaban, hasta que una noche decidieron solucionar sus fricciones en el que se denominó «El pacto de La Estrecha». Así, ante la atónita mirada de aquel crío de diez años, un ídolo popular a la altura de lo que ahora podría considerarse Messi se sentaba en una de las mesas de la humilde taberna familiar para firmar la paz con el escritor entre gallinetas y entresijos.

Fueron aquellos años muy duros. Mi tío Nino, con sus pequeños ojos iluminados por el recuerdo y pose de clara admiración, cuenta cómo cuando, al acabar la jornada, mi bisabuelo echaba el cierre de la taberna, agarraba la banqueta y se apoyaba para dormitar apoyado en la puerta de la entrada hasta que a las cinco de la mañana le picaran los panaderos de la tahona de al lado para que les sirviera un pacharán. Cada noche durante más de 25 años.

Tras mi abuelo fueron llegando a Madrid sus hermanos, su madre e incluso tíos y primos. Uno de ellos, un tío soltero de mi abuelo, bajito pero de complexión fuerte, se hizo conocido entre los carteristas del centro de Madrid por estar siempre dispuesto a salir corriendo detrás de cualquier ladrón para devolverle a su dueño lo sustraído. Un día como otro cualquiera mientras caminaba por la parte alta de la carrera de San Jerónimo, en la esquina con la calle Echegaray, fue apuñalado por la espalda muriendo en el acto. Paso con frecuencia por esa esquina y siempre que lo recuerdo me estremezco entre orgullo y pena.

A escasos metros de esa esquina se encuentra mi plaza favorita de Madrid, la de Canalejas, tan armónica y enigmática, diminuta pero majestuosa. Allí mismo sigue existiendo una preciosa tienda proveniente de una familia de cinco generaciones donde despachan sus caramelos Violetas. En otra esquina de la misma plaza persiste una camisería donde acostumbraba a ir mi abuelo convencido de que era el único sitio donde podía conseguir camisas con dos bolsillos en el pecho para llevar más cosas.

Llegó la guerra civil a Madrid y los bombardeos lanzados desde la Casa de Campo en la que sería la última batalla de la guerra. Mi tío, encogiéndose por dentro, recuerda a su padre contándole como, al oír la alarma, tanto tra-

bajadores como clientes bajaban despavoridos a la cueva de la taberna para agruparse en un almacén entre bebidas y sillas rotas. Las bombas caían, pero la taberna nunca estuvo cerrada.

A principios de los años 40, la segunda generación fue montando sus propias tabernas «La Estrecha», llegando a regentar hasta seis locales con ese nombre, en la calle Gravina, en la de Fuencarral, en la plaza de Oriente.... además de la de mi abuelo en la calle de Los Madrazo, casi en frente de la comisaría.

En 1944 mi abuelo se casó con la muchacha que despachaba el pan en la famosa tahona vecina, mi abuela Elia. Se le escapa esa sonrisa pícaro a mi tío al considerar que tanto él como sus tres hermanos son «la hostia» ya que son hijos del pan (su madre) y del vino (su padre).

Mi tía Miren ha acabado ya sus churros y nosotros nos pedimos otro café mientras mi tío Nino continúa recordando anécdotas de su padre. Una que le encanta es la de cómo Emilio Carrere, gran periodista, narrador y cliente de mi abuelo, le pidió dinero prestado para adquirir los derechos de autor de su última novela ambientada en Madrid. Mi abuelo siempre recriminaba con cierta resignación que se equivocó en el título de aquel libro, ya que no debió llamarse «La Torre de los siete jorobados» sino de los ocho, porque el préstamo nunca le fue devuelto.

En esa década de los años 40, un primo de mi abuelo inscribió como suyo en el Registro Civil el nombre de «La Estrecha» e invitó a mi abuelo a cambiar el de su local. Me imagino lo duro que debió de ser para él pero, en lugar de enroscarse, adoptó una actitud determinante y, mirando hacia delante, decidió que si no podía ser La Estrecha sería La Ancha.

Mientras bajo a trabajar una tarde desde Pozuelo mi padre me recuerda que de niño iba en familia a la parte alta de Arturo Soria como quien va al campo. Allí los carteles anunciaban terrenos con el metro cuadrado a 5 pesetas. Otras veces llegaban hasta el pueblo de Cercedilla —donde cogían el tren hasta Navacerrada— o iban a ver a Avelino, primo de su padre, a su taberna de la cuesta de Santo Domingo, en la bajada desde casi Gran Vía hasta Opera. Desde allí bajaban a la plaza de Oriente para pasear en burro como lo hacen los niños en alguna foto de este catálogo. Era una época que mi padre recuerda con sensación de seguridad, por una parte, y de necesidad de espabilar rápido, por otra. A menudo nos recuerda cómo a la edad de seis años, su padre le pidió que fuera a renovar el libro de familia sin darle más información. Ante la pregunta de dónde debía hacerlo su respuesta fue que preguntara.

Escribiendo estas líneas descubro que al referirme a mi padre y a mi tío me sale describirlos como «mis padres», probablemente porque así lo siento. Toda su vida juntos y toda la mía y la de mis hermanos Santi e Ignacio con ellos, con mi tía y con mi madre... «Mis padres» crecieron y mi abuelo no les permitió estudiar como hubieran deseado. ¡Tenían que trabajar! Así que durante los años 60 fueron asumiendo responsabilidades mientras mi

abuelo las iba soltando lentamente. Me cuentan cómo acostumbraba a sentarse en el comedor frente a la caja y tanto los trabajadores como sus hijos sabían que si no querían recibir una reprimenda jamás debían pasar por delante suyo con alguna mano vacía. Me cuentan también que cada mañana acudían a la taberna tres clientes del Banco de España para echar la partida de dominó con él. Cada uno bebía su consumición que al final de la partida pagaba la pareja perdedora. Mantuvieron esa costumbre durante años sin saber que mi abuelo se servía de una botella de Anís del Mono rellena con agua pero que pagaba o cobraba como si de anís se tratara. Cada vez que salían por la puerta, Manolo, un camarero casi de la familia y un tipo maravilloso, les decía: «jugar con el tabernero es perder tiempo y dinero».

Mi tío me sigue contando las anécdotas entre sonrisas mientras volvemos a La Ancha por la calle de Jovellanos. Al pasar por delante de la diminuta puerta de entrada de artistas del teatro de la Zarzuela, aún en la calle de Los Madrazo, mi tía le pide que me cuente la historia del cliente que en los años 70 fue nombrado director del teatro y cómo en su primer día, el responsable de seguridad de la puerta le prohibió el acceso. La única opción que se le ocurrió al recién nombrado fue subir a La Ancha y pedirle a mi tío que le acompañara para que le dejaran entrar.

Las de mi bisabuelo primero y de mi abuelo, mi padre y mi tío Nino después son vivencias de aquel Madrid difícil y exigente de esfuerzo y de trabajo, pero también de proyectos e ilusiones. Ese es el Madrid de esta exposición fotográfica. Esas generaciones en general, y en el caso de mi familia en particular, mi bisabuelo, mi abuelo, mi padre y mi tío, nos han traspasado una maravillosa herencia en forma de valores, de constancia, esfuerzo, honestidad y respeto. Ellos los recibieron de sus mayores y nos los supieron transmitir de la mejor forma posible: con el ejemplo. Gracias a ellos, y a sus mujeres, mi madre, mi tía, mi abuela, por haber luchado en aquel Madrid tan duro para que nosotros disfrutemos de este otro Madrid tan disfrutable y tan bonito de vivir.









Años 30 (1932) / Mercado de Diego de León (Foto: Díaz Casariego)





Años 30 / [Contra el fuego](#)

Años 30 (1935) / [Palacio de la Prensa](#) (Foto: Díaz Casariego) (página siguiente)



THE
Globe

WESTERN

Globe de la Océano SO

APRES EN
HOLLYWOOD

ASSOCIATION
DE LA PRESSE

ALONG BATES
17 KING CROSS



Años 30 / [La caída de la hoja](#) / [Parque del Retiro](#) (Foto: Manuel Urech)



La gente en Madrid

por Carmen Martín Gaité

La gente en Madrid andaba de otra manera, miraba, se vestía y hablaba de otra manera, con una especie de desgarro; yo espiaba los rostros cambiantes que, alguna rara vez, se fijaban unos instantes en el mío, sobre todo durante los trayectos en el metro, dentro del vagón donde no había que pedir excusas por rozarse con otros cuerpos y aspirar su olor, me gustaba el olor de aquella gente desconocida que podía estarse preparando para apearse en la próxima estación, a la que iba a perder de vista irremisiblemente, trataba de descifrar, por la expresión de sus rostros y el corte de sus ropas, a qué oficio se dedicarían o en qué irían pensando, quién sabe si alguno habría entrado en Cúnigan, si me bajara detrás de ellos, podría seguirlos, meterme por una calle que no conocía, averiguar cómo era el portal de la casa adonde dirigían sus pasos, tal vez para acudir a una cita clandestina, sería tan fácil, pero para eso hay que ir sola, nunca podría pasarme nada hasta que no saliera yo sola a la calle.

Nos bajábamos en Sol, subíamos las escaleras del metro, echábamos a andar, la Mallorquina, el cine Pleyel, la Camerana, ya se veía nuestro portal, me juraba no volver a pasar nunca por la calle Mayor en cuanto pudiera salir sola por Madrid. Hace tiempo que no pasaba por la calle Mayor, se lo dije a mi amigo la otra tarde, allí parados delante de los balcones del número catorce, y luego, cuando echamos a andar nuevamente, sentí que rompía los hilos que me relacionaban con la vieja fachada: de pronto éramos ya una pareja anónima caminando por una calle anónima, me puse a contarle historias de aquel tiempo en que visitaba la capital como asomándome por una puerta trasera, él es más joven, no recuerda los tranvías amarillos, ni ha oído en su vida hablar de Cúnigan, ni vio actuar a Celia Gámez. «Si quisieras escribir algo de esos años —me dijo— no necesitarías ir a las hemerotecas»; nos metimos por uno de los arcos que desembocan en la Plaza Mayor, en la esquina sigue la antigua droguería «El relámpago: lustre para suelos», estaba anocheciendo y me pareció que había traspuesto una raya, a partir de la cual el mundo se volvía misterioso, una zona donde cabía lo imprevisible y las personas atisbadas desde el balcón eran ya sombra que se pierde.

[Extracto de la obra *El cuarto de atrás* (1978)]





Años 40 (1945) / [En el mercado de la Corredera](#) (Foto: Manuel Urech) (página anterior)

Años 40 / [Espectáculo en Arguelles](#) (Foto: Manuel Urech)





Años 40 / [A la Plaza Mayor](#) (Foto: Alfredo Anguita)





Años 40 (1943) / [Verbenas de San Antonio](#) (Foto: Manuel Urech)







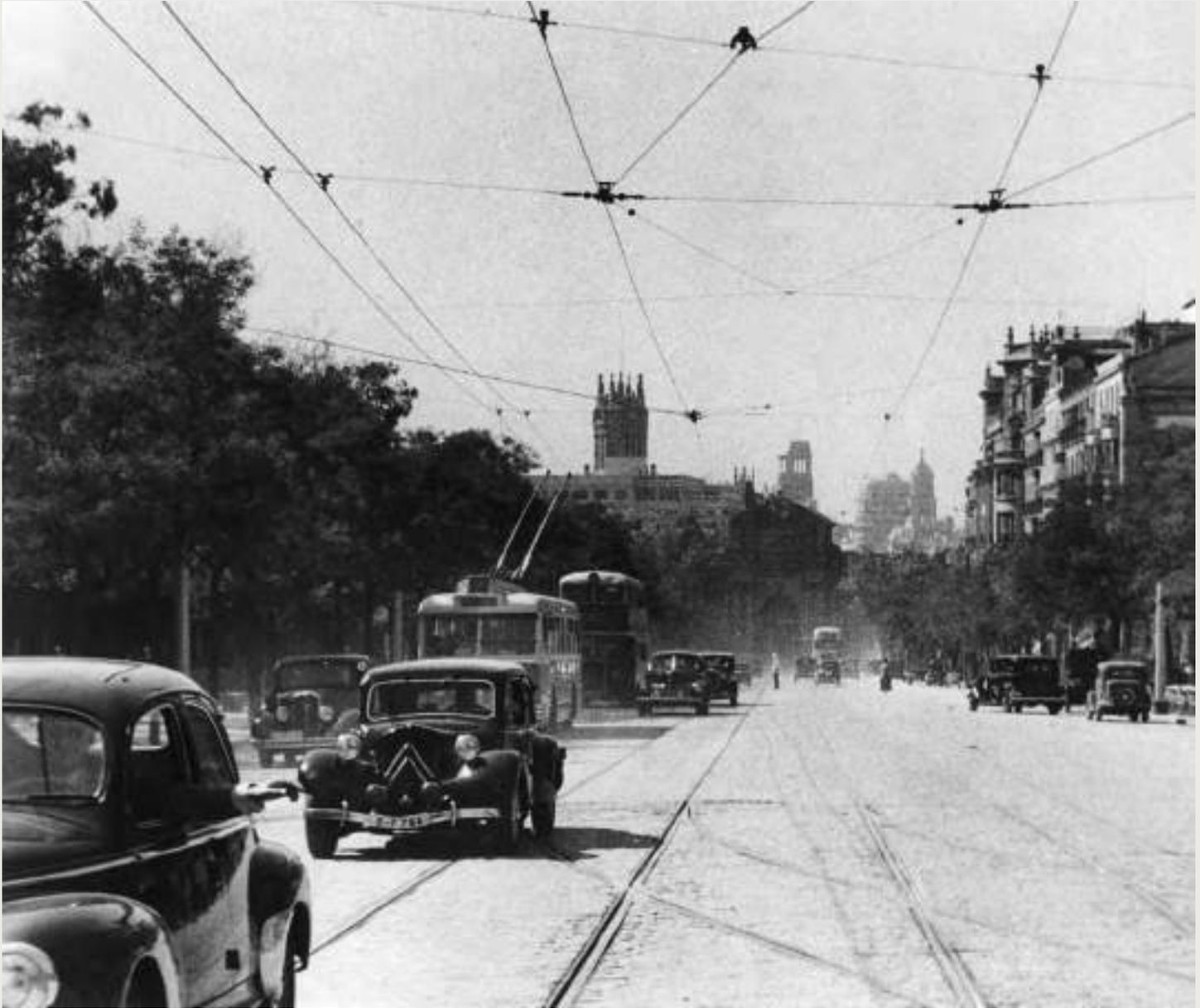




Años 40 (1946) / [Obras en la plaza de España](#) (Foto: Manuel Urech) (página anterior)



Años 40 / [Aspecto presentable](#) (Foto: Manuel Urech)













Años 40 / [Verbena en la Gran Vía](#) (Foto: Manuel Urech)



Años 40 / [Pavos para todos](#) (Foto: Manuel Urech)







Años 40 / [Toros de paseo por el Retiro](#) (Foto: Cervera)

Años 40 (1946) / [Paseo de Recoletos](#) (Foto: Manuel Urech) (página siguiente)



crush



Años 40 / En el estanque del Retiro (Foto: Alfredo Anguita)





Años 40 / Entre dos luces / Calle de Alcalá (Foto: Manuel Urech)







Años 40 / Carrera de camareros por el paseo de la Castellana (Foto: Manuel Urech)







Años 40 / [Poda y extracción](#) (Foto: Manuel Urech)

Años 40 / [Dulces](#) (Foto: Manuel Urech) (página siguiente)



weech



Años 40 / [Metro de Vallecas, 7 de la mañana](#) (Foto: Alfredo Anguita)

Años 40 / [4:10 de la mañana / Metro Gran Vía](#) (Foto: Wagner) (página siguiente)

ENTRADA

ASCENSOR Nº2

NO TOQUEN LAS PUERTAS









Años 40 / [Las churreras](#)

Años 40 / [El cerrajero](#) (Foto: Manuel Urech) (página siguiente)



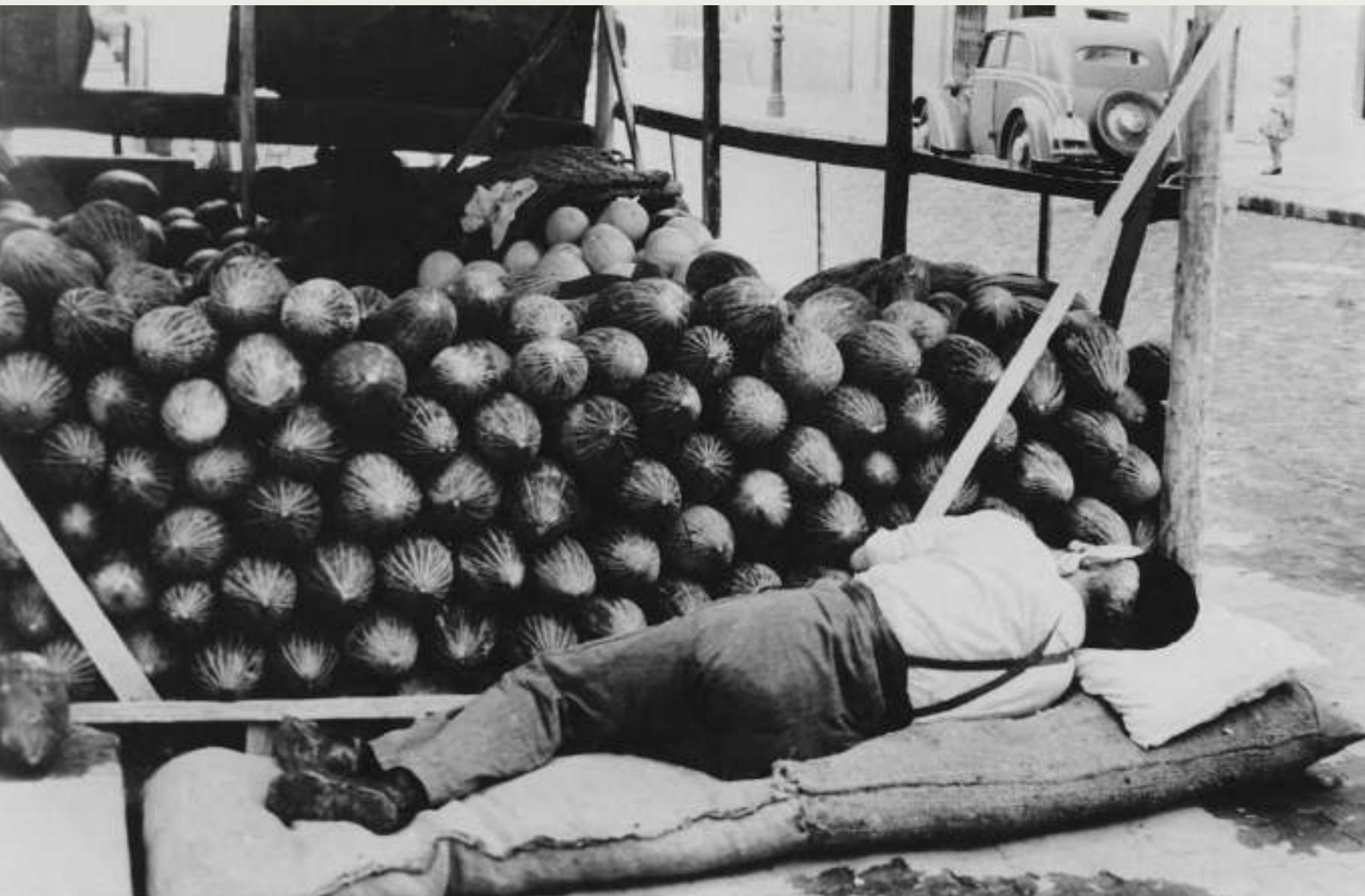


Años 40 / Estalactitas en el Retiro (Foto: Manuel Urech)



Saiz

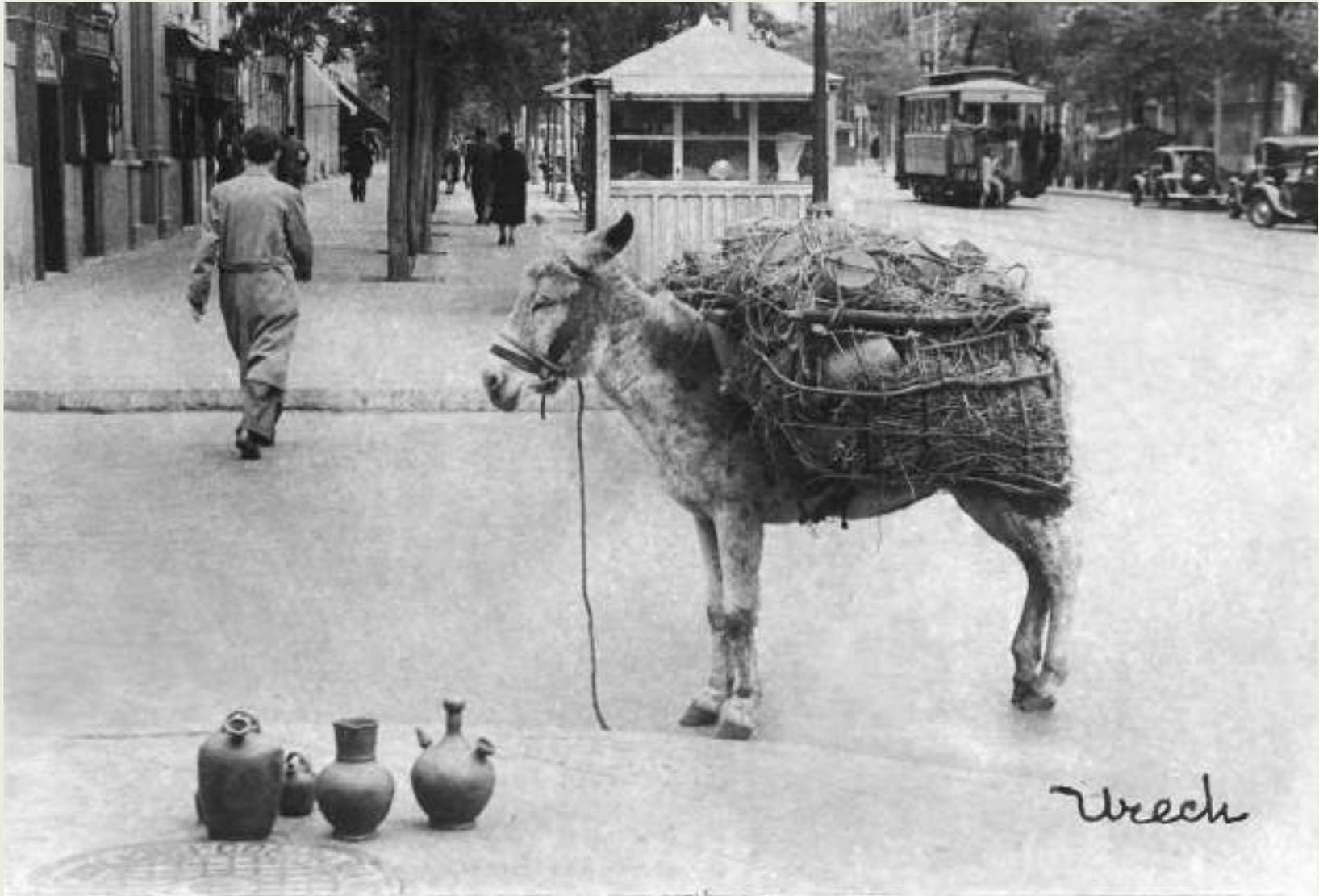




Años 40 (1947) / [La fresca](#) (Foto: Saiz) (página anterior)

Años 40 (1945) / [La siesta del melonero](#) (Foto: Manuel Urech)











Años 40 (1947) / [Estación del Norte](#) (Foto: Manuel Urech)





Años 40 (1943) / [Primeras comuniones](#) (Foto: Manuel Urech)

Años 40 (1947) / [Paseo vespertino](#) / [Paseo del Prado](#) (Foto: Manuel Urech) (página siguiente)



much















Años 40 (1949) / [El trolebús de Vallecas](#) (Foto: Manuel Urech)











Años 40 (1947) / [La Castellana desde Martínez Campos](#) (Foto: Manuel Urech) (página anterior)



Años 40 / Madrid se expande hacia el norte / Paseo de la Castellana

Años 40 (1947) / La Castellana desde el Bernabéu (Foto: Manuel Urech) (página siguiente)



Velázquez esquina Goya

por Luis Carandell

El amanecer en Madrid es un amanecer importante. Es un Velázquez. Los contornos de las iglesias, de los edificios públicos, de las estatuas y de los árboles, cuando se apagan las luces nocturnas, están trazados con pinceladas de un color que sólo Velázquez logró mezclar. Es un color indefinido, a veces claro, a veces oscuro, un color de aire que no es de la naturaleza, un color verde de muerte o azul de muerte, pero de muerte de hace tiempo. Un color de Velázquez.

Si Velázquez hubiera vivido en nuestros días habría podido hacer lo que hacen hoy algunos pintores que han prescindido de coger la paleta y se dedican a firmar directamente la realidad. El pintor se limita a firmar en el suelo con una tiza. Ha habido pintores que han firmado el metro de Lavapiés, la taberna de los gitanos del Rastro, o un ciego vendiendo los iguales. Velázquez podría firmar muchas calles de Madrid; por ejemplo, el Paseo del Prado, la carrera de San Jerónimo, Antonio Maura y Alfonso XII. Y de madrugada podría firmarlas todas. También reconocería como suyas a las innumerables personas que pasean por Madrid con rostro velazqueño.

Madrid, al amanecer es de Velázquez. De día es de Goya. Las casas de los ricos, los jardines, los paseos, los edificios públicos y los bares elegantes son de Velázquez. El Rastro, los mercados, la Casa de Campo, los domingos, la Puerta del Sol, el Gran San Blas, el metro y las tascas son de Goya.

[Extracto de la obra *Vivir en Madrid* (1967)]



Años 50 / Paseo por la plaza de Oriente (Foto: Ortiz)











Años 50 / [Verano a orillas del Manzanares](#)

Años 50 / [Siestas improvisadas](#) (Foto: Antonio Alcoba) (página siguiente)





Años 50 / Puesto navideño (Foto: Manuel Urech)







Años 50 / [Bien regalado](#) (Foto:Torremocha) (página anterior)

Años 50 (1950) / [Madrid-Segovia en la Sepulvedana](#) (Foto: Manuel Urech)



Años 50 (1953) / [Decano de los vendedores de periódicos](#) (Foto: Manuel Urech)

Años 50 (1954) / [Campeonato mundial de bebedores de cerveza](#) (Foto: Ortiz) (página siguiente)





Años 50 (1951) / [Biblioteca pública móvil](#) (Foto: Basabe)

Años 50 (1954) / [¡Solución para la espera!](#) (Foto: Cifra) (página siguiente)







En Chamberí

por Javier Marías

Yo nací en el número 16 de la calle de Covarrubias de Madrid, lo cual significa que pese a la reputación de extranjeroizante, traidor a la patria y «anglosajonijodido» (según me llamó en su día un hoy cuasiacadémico rabioso) que me ha acompañado desde que publiqué mi primera novela, soy del barrio más castizo de la capital del reino, a saber, Chamberí. En ese barrio y en los cercanos crecí y me eduqué, y cuando me trasladé de casa, hacía los ocho años, tampoco me fui muy lejos.

Son sin embargo ciertas calles de Chamberí las que asocio con mi infancia, calles que están todavía en pie y conservan sus nombres de entonces, poco o nada ofensivos o ya imparciales a fuerza de olvido: Miguel Ángel, Génova, Sagasta, Zurbano, Luchana, Zurbarán, Almagro, Fortuny, Bárbara de Braganza, Santa Engracia. Y Covarrubias. Las calles están en pie, pero en buena medida también han sido arrasadas. En esa zona, donde hoy hay tantos bancos, había palacetes del siglo XVIII y mansiones de altos portales con doble escalera de mármol. Yo no vivía en una de ellas, a buen seguro, pero eran el escenario del paseo más frecuente con mis hermanos, llevado de la mano por mi madre y por la Leo, nuestra fantásica criada que nos hacía creer que era novia de Gento (un ídolo entonces) y nos contaba aventuras apócrifas del Gordo y el Flaco. O bien eran dos dignas damas de origen y acento habanero, mi abuela y su hermana, la tita María, quienes nos acompañaban irónicas y asparentosas hasta alguno de los cines cercanos. De éstos ya no queda casi ninguno. Eran cines monárquicos: el Príncipe Alfonso, el María Cristina, el Carlos III, aún superviviente. Hasta mi adolescencia duró el Colón, nombre parcial de después de la guerra con el que se borró el de Royalty, demasiado «anglosajonijodido» para el franquismo.

Los taxistas más nuevos se asombran de que yo les indique que «vayan por los bulevares» en ciertos trayectos, cuando en Madrid hace décadas que no queda nada a lo que ni en broma pueda darse ese nombre. Pero es así como los que nacimos en Chamberí en los años cincuenta conocemos todavía a la suma de las calles Génova, Sagasta, Carranza y Alberto Aguilera, limitadas hoy a una inefable riada de coches conducidos por delincuentes habituales. Durante mi infancia la calzada era un lugar cívico y respetuoso, ocupado por enormes taxis negros con «transportines» (como los llamábamos los niños, que nos los disputábamos) y por automóviles muy limpios y relucientes que sus propietarios llevaban como pidiendo disculpas. También, claro está, era una ciudad de tranvías, trolebuses (¡trolebuses!) y autobuses chatos de dos pisos, exactamente como los de Londres, aunque azules y abier-

tos por su lado derecho pese a la fabricación indudablemente británica que exige la puerta a la izquierda. Subir al piso superior corriendo por la escalera de caracol suponía el simulacro diario de la aventura, y ayudaba a identificarse con los personajes de Richmal Crompton o de Enid Blyton, héroes de la niñez nunca decepcionantes. Tampoco era extraño ver carretas tiradas por mulas o burros, abarrotadas de cartones y muebles desvencijados y alguna alfombra enrollada y erguida, los llamados traperos, que, por no se sabe qué suerte de azar o de inconsciente afán ornamental, llevaban siempre, de pie, vueltas de espaldas y por tanto dando la cara a los tranvías o taxis que las seguíamos pacientemente, alguna niña o joven agitanada de extremada belleza y ojos claros. Por eso siempre me produce emoción ver un rostro femenino que mira hacia atrás a bordo de un vehículo, aunque hoy en día esos rostros carezcan por lo general de misterio, quinceañeras masticando chicle con la risa congelada y siempre en grupo, jamás solitarias, nunca solas como las pasajeras de las carretas.

Madrid, o si se prefiere Chamberí, era a los ojos del niño una ciudad dormida por las pastelerías y las tiendas de ultramarinos, escenarios de la abundancia y aún del buen gusto. De las segundas, la más cercana, aún existente, tenía uno de los nombres más atractivos que yo haya visto jamás sobre un rótulo: Viena Capellanes. De otra Mantequerías Lyon, era de donde venía un chico a casa con el pedido diario, pues no se concebía entonces que los alimentos pudieran comprarse en día distinto de aquel en el que habían de consumirse. En medio del trabajo-refinamiento de aquel barrio no era infrecuente sentir de pronto un fortísimo olor a vaca durante los paseos. Desde mi altura de niño no era difícil agacharse y ver desde la calle, a través de una ventana enrejada, unos cuantos de estos mamíferos tan conspicuos hacinados en un sótano. Aquellos lugares, supongo que para no herir en exceso el carácter capitalino de la ciudad, no se llamaban vaquerías sino lecherías, pese a la asombrosa y delatora presencia de las bestias a dos pasos de los trolebuses. Y así, por increíble que parezca, entre los burros y mulas de los traperos, las vacas y los caballos con jinete que asimismo podían verse a veces cabalgando por algunas calles (Ferraz, la propia Génova, Cea Bermúdez), los niños madrileños de los años cincuenta convivíamos cotidianamente con los animales más clásicos de las ciudades decimonónicas. El recuerdo del Madrid de entonces es el de una ciudad pausada y en orden (quizá en excesivo orden, es el lugar en el que yo he visto mayor concentración de policías por las calles), y, tal vez porque yo era niño y me fijaba sobre todo en mis semejantes, la veo ahora, en lo que se refiere al paisaje humano, dominada por niñas vestidas con uniformes grises o azules o con un jersey rojo, los libros y las carpetas apretados contra sus dubitativos pechos, los calcetines arrugados, los andares indecisos entre la atolondrada carrera infantil y el garbo exigible a cualquier mujer de aquel barrio tan castizo. Tanto que en él los piropos eran casi obligados, aunque con decoro: se me ha quedado grabado lo que le dijo un hombre a mi madre un domingo en que yo la acompañaba después de misa: «Es usted lo más bonito que he visto, en pequeño». Mi madre se echó a reír, y recuerdo que llevaba peineta.

[Extracto del libro *Aquella mitad de mi tiempo* (2008)]



Años 50 (1955) / [Verbena de la Paloma](#) (Foto: Manuel Urech)









Años 50 (1958) / [Biscúter](#) (Foto: Wagner)







Años 50 (1950) / [Oficina ambulante de Correos](#) (Foto: Manuel Urech)

















Años 50 / [Carrera de San Jerónimo](#) (Foto: Manuel Urech)







Años 50 (1959) / [Calle de Hortaleza](#) (Foto: Manuel Urech)











Años 50 (1959) / [El pueblo de todos](#) (Foto: Cifra) (página anterior)

Viviendo en Madrid

por Miguel Ángel Aguilar

Madrid, habitada por todos los que a ella llegan para tomar posesión, sin ser preguntados por su lugar de procedencia ni soportar a nadie que pretenda relegarles a base de exhibir ocho apellidos godos o de enumerar mejores encastes que les confirieran títulos de bravura o de mejor condición y les erigieran en propietarios preferentes de una Villa donde sucede, conforme a la advertencia de Don Quijote a su escudero, «que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro». Ninguna dotación genética otorga por sí misma en Madrid valor añadido alguno, ni hay grupo que se sienta instalado en la superioridad originaria del lugar, que es una de las notas definitorias del etnocentrismo según Ken Both. Un Madrid que a todos recibe y a todos libera de sometimientos a los controles estrictos característicos de otros perímetros sociales en cuyo interior, mucho antes del GPS, todos saben, en todo momento, las coordenadas de cada uno de los incursos en relaciones de vecindad compartida.

Madrid, centro geográfico de la península, con voluntad probada de equidistancia respecto a todos sus vértices, como enseguida advierten los sobrevenidos, nunca discriminados por razón de su lugar de origen, siempre reconocidos cuando han tenido la oportunidad de demostrar talento o habilidades. Los cuales, en busca de esa oportunidad que pedían los novilleros en la puerta de Vista Alegre, pugnan por hacer valer cualquier recomendación del alcalde de su ciudad, del obispo de la diócesis, del presidente de la Diputación Provincial, del director de la Caja de Ahorros o del gobernador civil, para mejor acceder a un paisano predecesor que hubiera ya sentado plaza en algún ministerio desde donde pudiera favorecer su aterrizaje en la capital. Ventaja de quienes llegan es que Madrid no está habitada por madrileños que se sientan en posesión de la ciudad. Es inútil buscar madrileñistas ni se encuentra madrileñismo en el que anidar. Es una ciudad sin custodios, sin la devoción que, por ejemplo, los barceloneses profesan a Barcelona. Madrid es malquerida; por eso ha padecido tantas agresiones destructivas y ha sido víctima de tantos atrevimientos dañinos.

En Madrid, en el distrito de Chamberí, en el número 15 de la calle de Santa Engracia, entre las de Nicasio Gallego y Manuel Cortina, frente al monasterio de la Visitación de las Salesas, a doscientos metros de la plaza de Alonso Martínez donde la calle tiene su comienzo, vine a nacer apenas pasados cuatro años de que terminara nuestra guerra, cuando, al alcanzar las tropas nacionales sus últimos objetivos militares, quedó cautivo y desarmado el ejército rojo, al que por cierto nunca se había visto combatir por estos lares. En aquellos tiempos, por lo que

cuentan, todavía se nacía en las casas y así lo hice en la de mis padres. Era calle de aceras anchas, con doble hilera de acacias y raya doble al medio, impresa en la calzada por las vías del tranvía de la línea 63 que partiendo de ahí llegaba hasta la glorieta de Gaztambide, al final de la avenida de Reina Victoria, junto al estadio Metropolitano, sede del Atlético.

El cumplimiento dominical en la iglesia de enfrente o en las del Patronato de Enfermos de Nicasio Gallego, el Perpetuo Socorro de Manuel Silvela o San José de la Montaña de Fernández de la Hoz. Los churros, siempre, de la churrería de Zurbarán casi esquina a Santa Engracia, atados con un junco; los suizos y los bocaditos de Lyon, de la pastelería Veiga, sucesora de Escobar. Como las guarderías estaban por inventarse, los primeros años transcurrieron en el cuarto de jugar junto a los hermanos con edades adyacentes —éramos once muy seguidos— más la costurera al cargo. Cuando hacía bueno bajábamos de la mano de la niñera, provistos de merienda, al paseo de la Castellana, paseo del Cisne, plaza de la Villa de París o, en domingos esporádicos, al Parque del Retiro para visitar la Casa de Fieras o escuchar los conciertos de la banda municipal en el quiosco de la música que capta alguna de las fotografías de este catálogo.

A la Castellana llevábamos el cubo y la pala, como si fuéramos a la playa de Lequeitio. Bajábamos por la calle de Caracas y Marqués de Riscal. Todavía sin semáforos, Jesús, guardia de la circulación —de los de pito, casco y guerrera blanca—, de servicio en el cruce, paraba el tráfico y nos tomaba de la mano para aliviarnos el miedo a los coches. Aparecían los barquilleros con su ruleta, donde la chiquillería se iniciaba en los juegos de azar, en línea con lo que cantaba el coro de la zarzuela *Agua, azucarillos y aguardiente* de «las niñeras y los soldaos / por los niños están pirraos / y dan perras a los chiquillos / pa que se las gasten en los barquillos». Alquilábamos triciclos en el taller de Gabino, en la calle Marqués de Villamejor, para pedalear echando carreras desde la intersección del paseo con la calle de Lista, dedicada a Ortega y Gasset a raíz de su muerte en 1955, hasta la de Martínez de la Rosa, que llamábamos de la «S», desaparecida al construirse en 1971 el puente que enlaza Eduardo Dato con Juan Bravo. Llegaba el mes de mayo y plantaban unas tiendas de campaña donde pernoctaban los soldados que iban levantando ladrillo a ladrillo la tribuna del generalísimo para el desfile de la victoria y, enfrente, en la desembocadura de Marqués de Riscal, la que ocupaba la señora excelentísima Carmen Polo de Franco.

Con cinco años, a la clase de párvulos en el Colegio de Nuestra Señora de las Maravillas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (Lasalle), en la calle de Guadalquivir de la colonia de El Viso. Tomábamos el autobús de la línea 7 en la parada situada en la calle Almagro, entre Alonso Martínez y Zurbano. Era de los de dos pisos que, con cabecera en la Red de San Luis, iba a morir en la plaza de la República Argentina. Cada vehículo llevaba conductor —«Se prohíbe hablar con el conductor», rezaba el cartel— y cobrador que, agarrado a la barra de la plataforma, sólo dejaba subir en cada parada un número de pasajeros igual al de asientos libres que hubiera. Atendiendo a que eran de color azul y a que sólo iban los justos, se decía que eran como el cielo.

Años después a los dos hermanos más pequeños les convencimos para ir andando, lo cual nos permitía quedarnos con el importe de sus billetes de ida y vuelta. A razón de 1,80 pesetas nos embolsábamos cada día el importe de cuatro, que ascendía a 7,20 pesetas. Salíamos de Santa Engracia, bajábamos por Caracas y tomábamos Fernández de la Hoz hasta el final. En el trayecto pasábamos por una lechería que hacía el reparto en un carro del que tiraba un caballo blanco. Otra atracción era el garaje de Transportes Ochoa, que abanderaba unos camiones de gran tonelaje. Ponderábamos que nada de eso habrían visto si les estuviera llevando la niñera en autobús. Esa era nuestra consigna, además de reiterarles la promesa de que cuando llegara el verano les compraríamos un polo. Al concluir Fernández de la Hoz, atravesábamos el descampado de lo que ha llegado a ser la plaza de San Juan de la Cruz y cruzábamos desde ahí al desmonte donde se edificó años después la sede del Alto Estado, Mayor reconvertido ahora en el Estado Mayor de la Defensa. Seguíamos por la prolongación del paseo de la Castellana, las *Cuarenta Fanegas* de las que hablaba el inolvidado Arturo Soria y Espinosa, una avenida que, para su escarnio, fue denominada del Generalísimo. Progresábamos hasta Joaquín Costa, allí subíamos por Balbina Valverde, donde acabaría estableciéndose el restaurante Jai Alai, y enfilábamos Guadalquivir, en cuyo número 9 estaban las aulas de nuestro destino escolar.

Quedan aún por anotar algunas referencias topográficas clave ligadas al entorno familiar. Así, el Observatorio del Retiro en el Cerro de San Blas, obra del arquitecto Juan de Villanueva, donde Miguel Aguilar Cuadrado, mi abuelo, alcanzó a ser primer astrónomo y del que mi bisabuelo, Antonio Aguilar Vela, había sido director; la Real Fábrica de Tapices, erigida por el arquitecto José Segundo de Lema en 1891 sobre lo que fue el olivar de Atocha, donde residió mi abuela, Eloísa Stuyck, hija del director de la manufactura. También la Real Diputación San Andrés de los Flamencos, cuya Fundación Carlos de Amberes tiene desde 1877 su sede en la calle de Claudio Coello 99, que atesora el lienzo *El martirio de San Andrés* de Pedro Pablo Rubens.

De pequeños, los jueves por la tarde, que entonces no eran lectivos, íbamos al palco de la empresa de la plaza de las Ventas a ver los toros y en verano disfrutábamos en las nocturnas con el Bombero Torero y la banda cómico-taurina del Empastre. Muchos años después, compartiendo abono de San Isidro en Las Ventas con Javier Pradera en la delantera alta del tendido del 2, casi pegando al 1, le oí contar cómo, para Domingo Dominguín, la razón de ser del ferrocarril en España era que los aficionados pudieran seguir a las figuras de la fiesta en las ferias taurinas y asistir a su triunfo en los ruedos. En cualquier caso, a escala municipal, parece comprobado que en Madrid el trazado de las líneas del tranvía tuvo muy en cuenta la necesidad de facilitar a los hinchas futbolísticos el acceso a los estadios del Real Madrid y del Atlético, cuyos emplazamientos fueron cambiando hasta asentarse de manera bastante definitiva en Chamartín y en el Metropolitano.

Llegaban las Navidades y por el importe del franqueo postal entregábamos las felicitaciones a los parientes y amigos de la familia en sus domicilios, una tarea que incrementaba nuestro conocimiento de la ciudad y de su red de transporte público. Todavía la verbena del Carmen se celebraba en la calle de Santa Engracia, que esos días se ce-

rraba al tráfico entre la Glorieta de la Iglesia y la plaza de Chamberí. Pero antes ya había sido la de San Antonio de la Florida, a la que éramos asiduos. También a la Venta del Batán, donde estaban los toros que se lidiarían en la isidrada, y al monte de El Pardo para jugar al fútbol

En octubre de 1959, matriculado en el Curso Selectivo de la Facultad de Ciencias de la Universidad Complutense, cada mañana para acudir a clase subía al metro de la línea 4 en la estación de Alonso Martínez, hasta su cabecera en la estación de Argüelles. Luego seguía trayecto en el tranvía número 72 desde Moncloa hasta el Paraninfo.

Los palominos de añadidura estaban reservados a las mañanas de sábados y domingos cuando paseábamos por el tontódromo de la Castellana, de aguaducho en aguaducho. Años después ascendíamos a Serrano para avistar a las chicas y ocupar la barra y las terrazas de Mozo, el Corrillo, Manila, el café de Roma, en la esquina con Ayala, o el Aguilucho en Hermosilla. Tesis de licenciatura en la Junta de Energía Nuclear lindando con el Club de Puerta de Hierro y primeras clases de Física retribuidas a los repetidores de preuniversitario en la Academia JEA de Génova 14, frente a lo que fue después sede del PP. Aquellos repetidores, gente de una ignorancia incurable, detectaban sin embargo de modo fulminante cuando no tenía preparada la lección.

Los años siguientes fueron de una itinerancia acelerada con soluciones habitacionales sucesivas, haciendo escalas en Diego de León esquina a Lagasca; glorieta de Castelar, junto a la embajada americana; Martín de los Heros, casi esquina a Marqués de Urquijo en el barrio de Argüelles; Covarrubias esquina Sagasta, donde tuvo después su redacción el semanario *Sábado Gráfico* y la revista de humor *El Cocodrilo Leopoldo*; Reina Mercedes, donde se establecería mucho después el restaurante O'Pazo; y la plaza del Conde de Miranda, junto al convento de las Carboneras, a tiro de piedra del mercado de San Miguel. Aclárese enseguida que, en casas de mucho porte, como los palacetes de Diego de León o de Castelar, el alojamiento asignado era en la zona de la servidumbre.

Vuelta a Chamartín los domingos cuando jugaba el Real Madrid en el Bernabéu. También para pasar los exámenes de la Escuela Oficial de Periodismo, ubicada a la espalda del Ministerio de Información y Turismo, con entrada por la calle entonces denominada de Capitán Haya, donde estaba matriculado como alumno libre. Pero, a partir de septiembre de 1966, una vez enrolado en el diario *Madrid*, el campo de juego se trasladó a la sede del periódico en el edificio que hacía chafflán en la esquina de las calles de General Pardiñas y Maldonado. Todo periódico, como todo teatro, tiene un bar de referencia. De siempre estuvo en Maldonado el bar Río Rey y poco antes del cierre apareció en la esquina de Pardiñas el pub Dickens. Además de que, imbuidos de la doctrina certera de Onésimo Anciones, según la cual las noticias no van a la redacción, están en los bares, nos esforzábamos por acudir a recogerlas.

El área más frecuentada iba en el eje Norte-Sur desde María de Molina a Goya y en el eje Este-Oeste, de Francisco Silvela a Velázquez. Se sabe que los periodistas, como los buzos, cuando concluyen sus tareas y son izados a

cubierta necesitan pasar por una cámara de descompresión, con ayuda de una copa. Pero en esos años los locales nocturnos iban adelantando la hora de cierre, dejando oscurecida la ciudad y haciéndola más insegura, de modo que nos veíamos precisados a desplazarnos hacia la periferia. Allí, cuando empezaba a clarear emprendíamos la retirada y sucedía que, de vuelta en el barrio de Salamanca, era otra vez noche cerrada. Por eso, Cuco Cerecedo sostenía que en los barrios obreros amanece más temprano.

La primera vez en la Tribuna de Prensa del Hemiciclo del palacio de la carrera de San Jerónimo fue con ocasión de la Sesión Plenaria de las Cortes Españolas celebrada el 22 de noviembre de 1966, donde el general Franco, invocando la facultad legislativa que le conferían las Leyes de 30 de enero de 1938 y 8 de agosto de 1939, pidió al presidente de la Cámara, Antonio Iturmendi Bañales, que diera lectura al texto de la Ley Orgánica del Estado, que se dio por aprobada para ser sometida a referéndum el 14 de diciembre de 1966. En esa Tribuna he seguido desde entonces a los procuradores del aplauso, amén y silencio, como los describió el rector Alfonso Balcells.

La democracia sobrevendría después fuera del periodo acotado en este catálogo. Pero, antes y después, en las inmediaciones estaban el Hotel Palace, Casa Manolo y la Casa de Suecia, lugares que facilitaban los encuentros informales de los periodistas con aquellos representantes orgánicos de las células naturales de la sociedad: familia, municipio y sindicatos. Es obligado citar también el palacio del Senado de la plaza de la Marina Española, en el que se había aposentado el Consejo Nacional del Movimiento, columna vertebral del partido único, que andaban barnizando con el «contraste de pareceres» y la «concurrentia de criterios» pero mantenían ajeno a la «trampa sáducea» del pluralismo político que tanto inquietaba a Torcuato Fernández Miranda.

Y así, el 25 de noviembre de 1971 llegó la Orden de cierre al diario *Madrid* dictada por la Dirección General de Prensa, con Alfredo Sánchez Bella al frente del Ministerio de Información. A partir de ahí, en la plaza del Callao, el Palacio de la Prensa, sede de la Asociación de la Prensa de Madrid, se convirtió en lugar de encuentro de redactores y demás trabajadores desahuciados, que acudían a finales de mes a la cola de la vecina plaza de Cristino Martos para cobrar el paro. Madrid, Madrid, Madrid.



Años 60 (1961) / [La banda en el Retiro](#) (Foto: Manuel Urech)





weech



Años 60 (1965) / [Aparcamiento en la Plaza Mayor](#) (Foto: Manuel Urech)









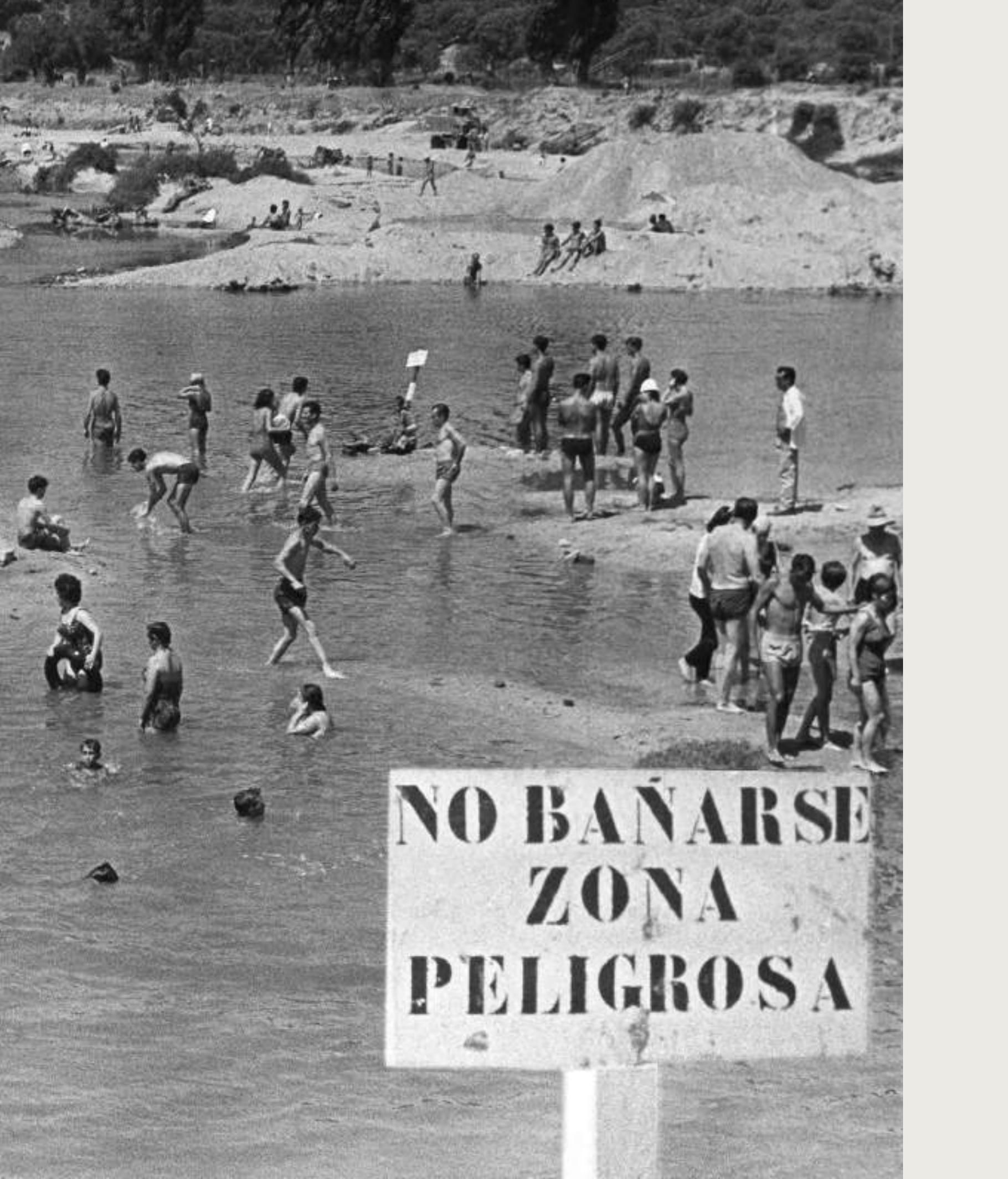


Años 60 (1965) / [Operación camello](#) (Foto: Cifra) (página anterior)

Años 60 (1966) / [Concurso de habilidad de bebedores de bota](#) (Foto: Larrú)

Años 60 (1962) / [No bañarse / El Pardo](#) (Foto: Alfredo Anguita) (página siguiente)





**NO BAÑARSE
ZONA
PELIGROSA**



Años 60 (1965) / [Mano a mano](#) (Foto: López Contreras)

Años 60 / [Al fondo hay sitio](#) (Foto: Fiel) (página siguiente)

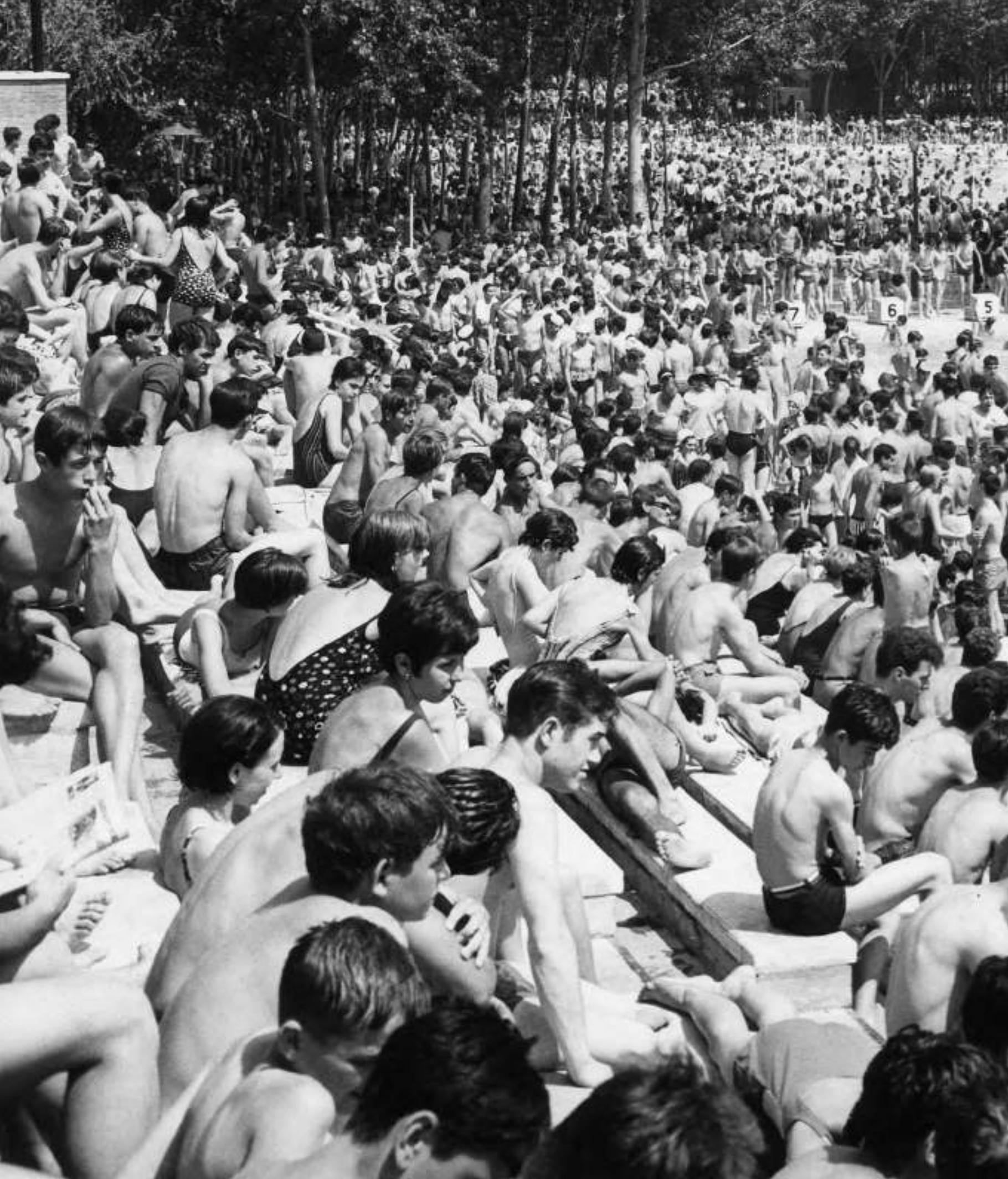




Años 60 (1963) / [Focas en la calle](#) (Foto: Europa Press)



Años 60 (1965) / [Bajo el viaducto](#) (Foto: Larrú)







Años 60 (1962) / [Centuriones por Madrid](#) (Foto: Wagner)

Años 60 (1965) / [A pie de obra / Gran Vía](#) (Foto: Fiel) (página siguiente)





Años 60 (1969) / [Carteros estivales](#) (Foto: Cifra)

Años 60 (1965) / [Buen asiento / Plaza de la Cibeles](#) (Foto: Antonio Alcoba) (página siguiente)





Años 60 (1964) / Barrenderos quitando la nieve (Foto: Sunc)



Años 60 (1967) / [Con alegría](#) (Foto: Alfredo Anguita)

Años 60 (1966) / [A Alemania](#) (Foto: Arturo) (página siguiente)





No compre aquí

por Almudena Grandes

Su tipo como ninguno en Espoz y Mina 1.

Aquel era el que más me gustaba, aunque muy cerca, en plena Puerta del Sol, una pancarta enorme, impresa en letras rojas y negras —*Los guerrilleros. No compre aquí. Vendemos muy caro*—, me intrigaba mucho más.

—¿Y por qué ponen eso, mamá?

—Pues para anunciarse.

—¡Pero cómo va a ser para anunciarse! Si así nadie les comprará nada...

Ella lo sabía todo, lo conocía todo, se movía por el centro con la seguridad de un general en un país conquistado. Cada vez que en el colegio alguna profesora nos pedía algo difícil de encontrar, mis compañeras se ponían nerviosas, yo no. No tenía motivos, porque sabía que mi madre dictaminaría, sin margen alguno de error, la dirección de la tienda donde tendrían trajes de chulapa en otoño o polvorones en primavera. No había nada que se le resistiera, hilos, buriles, papeles especiales, reglas de acero, libros agotados, zapatillas de ballet... Y lo mejor era que todas aquellas tiendas estaban en el centro, en el corazón bullicioso y frenético de la ciudad, el paradisíaco caos que a mí ya me fascinaba.

—No lo entiendo, hija mía —decía ella, harta de mis exclamaciones, de mis preguntas, de mi insistencia por quedarme parada en cada escaparate—. Tienes el mismo gusto que los paletos. En eso has salido a tu padre, desde luego...

Desde luego. A ella, que había nacido en la calle Lope de Vega, no le gustaba mucho su antiguo barrio, y prefería el comercio burgués y elegante, reposado, del barrio de Salamanca. Mi padre, en cambio, fue siempre fiel al barrio de Maravillas, el Madrid chispero, golfo y desgarrado, que con el tiempo cambiaría de nombre —ahora es Malasaña—, pero no de carácter. No en vano se había criado entre la fontanería que su abuelo paterno, Moisés Grandes, tenía en la calle Velarde, y la taberna que su abuelo materno, Manuel Rodríguez, regentaba en la esquina de aquella misma calle con la de Fuencarral.

Mi familia todavía guarda algunos cacharros de barro de tres piezas —una especie de bote alargado, con una pieza de base perforada en medio y una tapa que se aseguraba con dos ganchos donde se podía colgar una cuchara—, de los que usaba mi bisabuelo para vender el cocido diario a los obreros solteros, poco antes de que su líder más carismático, Francisco Largo Caballero, pasara por allí para desayunar. Los trabajadores recogían los cacharros por la mañana, la sopa debajo, los garbanzos en medio, y los devolvían por la noche. Lo he oído contar muchas veces, como he oído hablar siempre del mercado de la Corredera, los puestos en la calle, pero no lo había visto hasta ahora, en una de las fotos que se recogen en esta exposición.

La memoria es un mecanismo curioso, leal y traidor al mismo tiempo. Las imágenes, los aromas, los sonidos de la vida vivida y de la imaginada, no menos real que aquélla, laten en un rincón polvoriento, arrumbados por el tiempo y la desidia, hasta que un estímulo adecuado, por pequeño que parezca, les devuelve de golpe su vigor.

Eso es lo que me pasa a mí mientras escribo estas líneas y veo dependientes con boina, y churros enganchados en un junquillo verde, y escaparates tan abigarrados que los ojos se agotan antes de verlo todo, y muchachas de servicio —sin medias, en zapatillas y con una fina chaqueta de lana cruzada sobre el pecho en pleno invierno—, haciendo cola delante de un puesto. Nunca he llegado a olvidarlos, pero ahora recuerdo mejor la chulería de los eslóganos de las zapaterías —¿por qué siempre y sobre todo las zapaterías?—, y la decorosa elegancia de medio pelo de las dependientas de las mercerías, aquellas bolsas de papel donde devolvían las medias a las que les habían cogido los puntos y que llevaban siempre la misma inscripción: *Las medias lavadas quedan mejor reparadas*. En el mercado, las casqueras llevaban delantales almidonados y blanquísimos, para compensar el exceso sanguinolento de su trabajo, y los pescaderos, desde su lujoso balcón de hielo picado y festoneado de perejil, coqueteaban con las clientas mucho más que los otros tenderos. ¿Por qué? Tampoco lo sé, pero así era.

Madrid estaba allí y sigue estando aquí, tanto como en cualquier otra parte, más quizás. ¿En alguna otra ciudad del mundo se atrae a la clientela por el procedimiento de ahuyentarla? Si existe, yo nunca he estado allí. *No compre muchos. Mañana podrían estar más baratos*, reza un cartel colgado en la puerta de una huevería que no conocí y que sin embargo reconozco, porque me devuelve al misterio de aquel paradójico eslogan de mi infancia.

Yo soy como soy porque he nacido, he crecido y he vivido en una ciudad donde todas las cosas importantes han pasado siempre en plena calle y con las tiendas abiertas. Las victorias y las derrotas, las fiestas y las batallas, la gloria y el dolor. Luego, aparte, está la capital del Estado, pero eso siempre ha sido, y sigue siendo, otro asunto. Madrid sólo sabe vivir en las aceras, en las plazas, en los mercados, en los negocios de un día, en el cotilleo permanente, en los chismes volanderos, en las noches eternas y las mañanas perezosas, en las barras de los bares, *qué lugares tan gratos para conversar*, cantaba Gabinete Caligari en los años 80, mientras la ciudad renacía por enésima vez de sus cenizas, *no hay como el calor del amor en un bar*. Eso es verdad, y aunque quizás hay que ser madrileño para

descubrirlo, cualquiera que se asome a estas fotografías aprenderá algo importante sobre la naturaleza de esta ciudad que resiste, y no se quiere a sí misma, pero sigue resistiendo, como si no pudiera y no supiera hacer otra cosa que resistir.

Las cosas han cambiado mucho, pero no han cambiado tanto. Si quieren comprobarlo, vengán a ver esta exposición, y al salir, cojan la calle Larra hasta Barceló y ésta hasta Fuencarral, para ir andando luego, de escaparate en escaparate, hasta la Gran Vía.

Y ya me contarán.

[Texto escrito con ocasión de la inauguración del
Archivo Gráfico del diario *Madrid* en 2007]

¡¡NO COMPRI MUCHOS!!

mañana pueden
estar más
BARATOS

5^{pts}
DOCENA

¡¡¡HUEVOS MUY FRESCOS!!!

Leveria

Huevos
frescos del
día a
5 Ptas
doceena





Años 60 (1969) / [Huevería](#) (Foto: Alfredo Anguita) (página anterior)

Años 60 / [Paseo turístico por Madrid](#)





Años 60 (1967) / 350 kilos / Pescaderías Coruñesas (Foto: Alfredo Anguita)



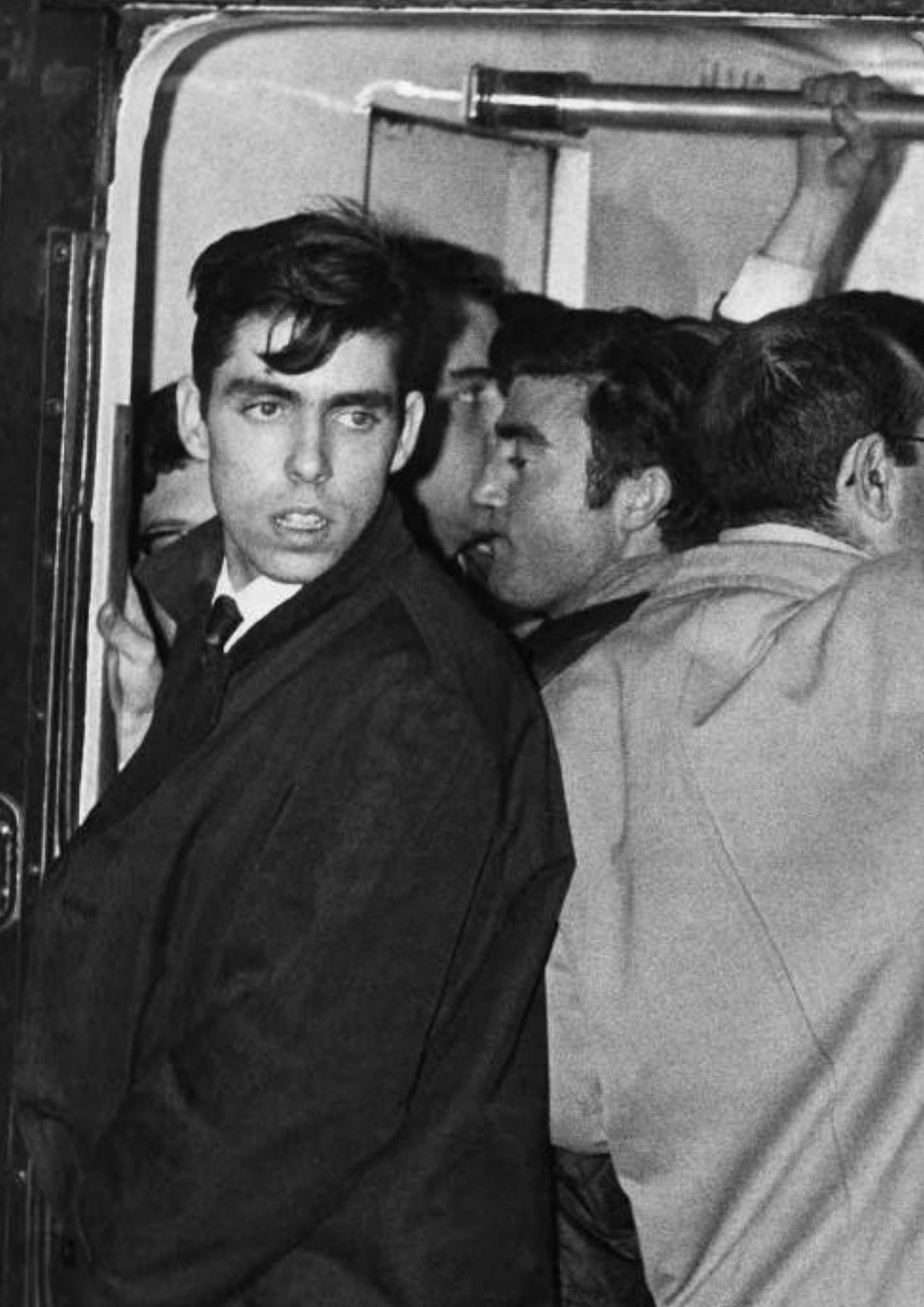
Años 60 (1965) / [Hombre o bestia](#) (Foto: Manuel Urech)

Años 60 (1965) / [Dejen salir](#) (Foto: Larrú) (página siguiente)

8

DEJEN

EX
En
No



SALIR





Años 60 (1964) / Sin delfines / Plaza de la República Argentina (Foto: Manuel Urech)





Años 60 / [Sandías F.C.](#) (Foto: Manuel Urech)

Años 60 (1967) / [El oso y el madroño](#) / [Escultura de Antonio Navarro Santafé](#) (Foto: Manuel Urech)
(página siguiente)





Años 60 (1969) / [Bien aparcada](#) (Foto: Alfredo Anguita)





Años 60 (1967) / ¡Vértigo! / Estadio Santiago Bernabéu (Foto: Albero y Segovia)





Años 60 (1969) / [Fútbol en la plaza de Oriente](#) (Foto: Loren)





Años 60 / El afilador / Plaza de España

Años 60 (1965) / Frente a la vaquería / Calle Serrano (Foto: Cifra) (página siguiente)

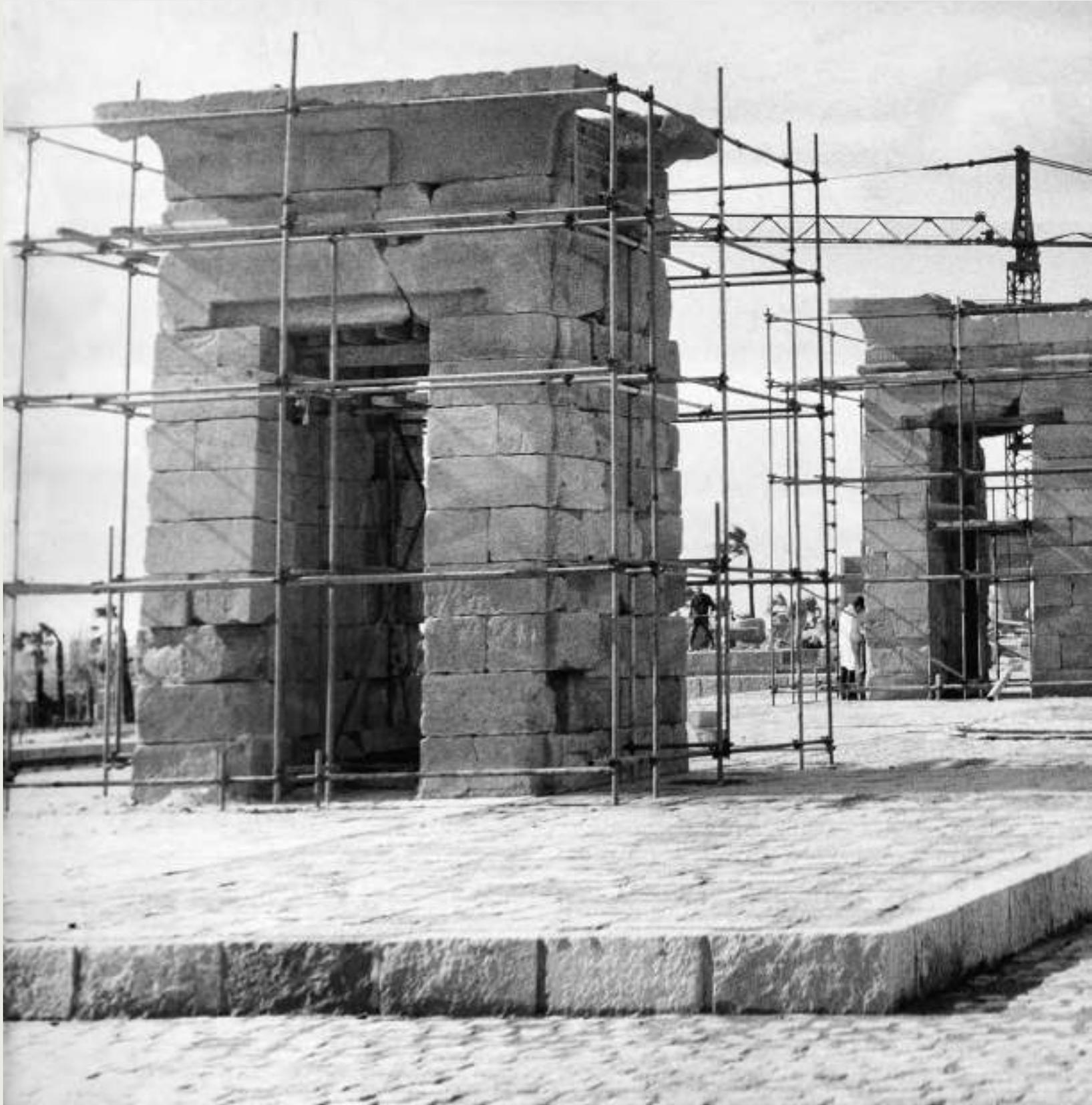




Años 70 (1971) / [Calle de Arturo Soria](#) (Foto: Manuel Urech)

Años 70 (1971) / [El sereno](#) (página siguiente)





Años 70 (1970) / [Montaje del Templo de Debod](#) (Foto: Coprensa)





Yo tenía un camarero

por Javier Rioyo

«Hay gente que cree que todo lo que se hace con cara seria es razonable»

G.C. Lichtenberg

En el año 1971 yo ya no tenía camaradas, aunque estaba en edad de merecer. Era un menor casi mayor pero no podía ir a París sin que mi padre me firmara la autorización. Lo hizo y consiguió que me quitara de leer *Salut les copains* y me pasara a *Triunfo*. París estaba lleno de progres españoles que no leían banalidades pop. Sus principales ocupaciones eran revoluciones pendientes. Yo me dejaba querer y revolucionar, sobre todo cuando en «La Boule D'Or», el maestro ácrata García Calvo, disfrazado de padre de Zipi y Zape con más pañuelos y más adoradoras a su alrededor, entonaba con recia voz castellana el himno revolucionario «El café Chinitas». Cuando se terminaban aquellos cantos nos cambiábamos de bar, al vino de «La chaie de L'Abaye», por donde aparecían Savater, Leopoldo Panero y otros antifranquistas de antaño. Allí estaba, disimulando revoluciones y pensando en palpar con atención y entrega la rodilla de Claire. Me gustaban aquellos camaradas pero no conseguía entender la función del ablativo ni la manera de llegar a la revolución permanente. Seguía estando más cerca de los camareros que de los camaradas.

Años antes, de adolescente, me quitaron de un flechazo —por no decir ¡Viva Franco!— de los campamentos de la OJE. Me quedé huérfano de camaradas. Busqué por otros combates, por otros círculos, pero me encontré con caras muy serias. Seguía sin encontrar camaradas. Disimulaba, levantaba el puño, levantaba las manos al estilo anarquista, levantaba libros en las librerías descuidadas y me levantaba más pronto de lo que quería.

Yo era un tonto que había visto mucho cine de autor, que leía sin orden ni canon y que seguía sintiendo a Tintín y a Haddock como modelos de vida de aventuras y mucho más cercanos que Sartre o Trotsky. Por Tintín me hice periodista. Había sido un joven lector de periódicos del *ABC* que compraba mi padre. Después he sabido que había leído otros heraldos pero el mejor crucigrama de entonces era el del periódico monárquico. También ojeaba el *Ya* de mis católicas tías, rezadoras de rosarios exprés porque había que jugarse unas pesetas al julepe. De vez en cuando me paraba con algunos artículos de *Informaciones*, me entretenía con algún reportaje de *Pueblo* y

me reía de la retórica de Emilio Romero. Y, al caer la tarde, cuando Madrid parecía una ciudad salida de un decorado de cine negro, compraba el *Madrid*, que tenía algo de «*journal noir*». Allí se daban cita periodistas y escritores que luego han sido referentes, amigos —Juby, Vicent, Aguilar— y otros conocidos y saludados de esta profesión. Y allí estaba Chumy Chúmez que ya nos inquietaba, y admiraba, desde *La Codorniz*, otra de las lecturas de herencia paterna.

En aquél año 71 —31 de la era franquista— todavía no existía el boletín oficial de la progresía ilustrada —y las otras— que resultó ser *El País*. Todavía no teníamos la guía del pensamiento correcto de los editoriales de Cebrián, de Pradera y otros chicos de aquél montón, que también fue nuestro montón. Es decir, todavía seguíamos sin claros camaradas pero con multicolores compañeros de viajes. Pero ya se sabe que el hombre —y la mujer, perdón— siempre busca compañía, rebaño y calor porque estando solo hace mucho frío. Bien es verdad que a veces nos conformamos hasta con la compañía de una vela encendida. Así somos, valoramos más la camaradería que la soledad, que sigue siendo una compañía muy desprestigiada. Tampoco teníamos edad para pensar que la vida iba en serio; ni posibles para imaginarnos frente al mar en una vieja mansión y entre las ruinas de nuestra inteligencia. Era el año 1971 y teníamos toda la vida por delante y una novia que nos encantaba.

Y así crecimos —no mucho más— despistados, curiosos, caóticos, antifranquistas, con los comunistas hasta la muerte —pero ni un paso más—, con los trotskistas hasta el surrealismo, con los anarquistas hasta el hipismo y mezclando a Góngora cantado por Paco Ibáñez con Jim Morrison en todas las puertas. Aquél camarada, uno de nuestros símbolos, tuvo la ocurrencia de morir en el 71, un día del mes de julio, en París y sin aguacero. Nosotros fuimos más conservadores, decidimos vivir y dábamos tumbos entre Raimon y Julie Driscoll, entre Aute y Brassens, entre Baroja y Cioran, entre Cernuda y Neruda, entre la realidad y el deseo, indecisos y estravagarios pero siempre con Dylan y el Atlético de Madrid, aunque el judío visitara al Papa antes que Yolanda Gómez y el Atleti llevara más de diez años sin comerse una rosca. Nosotros, los de entonces, éramos así. Hasta que un día la suerte nos fue favorable. Encontramos nuestro camarero. Mucho mejor que un camarada. Nuestro camarero nos hacía olvidar estupideces y traiciones, codicias y pedanterías, errores y malos tragos. Dónde esté un camarero de los de entonces que se quite un camarada de los de cualquier tiempo.

Mi camarero, Don Antonio, crecido y bebido en «Chicote», había visto beber a la «crema de la intelectualidad», a señoritas putas, toreros triunfadores, liberales de izquierdas, libertinos de derechas, enanos con traje de tres piezas, poetas con whisky o periodistas con sed. Algunos con mucha sed y un poco de hambre. Don Antonio, elegante de barrios bajos, madrileño de cocido y vino de valdepeñas, sabía preparar el perfecto Martini, aquél que tanto disfrutaron Pepín Bello y Luis Buñuel. Camarero de un bar, simbólico de una ciudad que, en palabras de la más hermosa de las bebedoras, Ava Gardner, «era puñeteramente divertida y puñeteramente barata». Eso último hay que traducirlo en los baremos de la soltura en dólares de una estrella de Hollywood.

Todavía no habían demolido el edificio del diario *Madrid* —ese pequeño Escorial, como lo llamaba otro de los que supo hacer de la Gran Vía su Hollywood de andar por casa, el pícaro y genial Enrique Herreros. El mismo que disputaba con Mihura el virgo de Sara Montiel o el que le quitó una novia a Buñuel en los tiempos de Fil-mófono. Aquel bar, poco que ver con el de ahora, en el que años después se sabía que estaba a punto de llegar Ángel González por la sonrisa que se les ponía a los camareros la noche anterior. Uno de aquellos camareros, Fernando, que había empezado de «boy», chico de los recados y lo que fuera menester, terminó abriendo su propia coctelería en los traseros, «Del Diego», que sigue admirablemente atendida por sus hijos y fieles herederos de una estirpe en vías de extinción.

Todavía no había muerto Franco y ya se había muerto Janis Joplin. No estoy tan convencido de aquello que Montalbán nos enseñó: «contra Franco vivíamos mejor», pero si podemos confesar que bebíamos mejor. En la nómina de camareros, aquellos tipos elegantes capaces de hacer una carrera por el Prado con la bandeja llena y sin derramar una gota, tenemos que sumar a los peculiares alemanes de «El avión». Aquel pequeño reducto del barrio de Salamanca te transportaba a los bares de Berlín entreguerras pero madrileñizado, con un piano tocado por el maduro César —un trasunto de Tierno Galván—, dónde entre copas y pipas se cantaba afinado o sin afinar. Un lugar insólito que hizo que Sisa, el otro chico del Poble-Sec, el sentimental cantante que esperaba ver salir el sol de noche, dejara su «Zelete» de aquella Barcelona que añoramos y se viniera a Madrid reconvertido y feliz en Ricardo Solfa.

Camarada camarero también fue para nosotros el educado, flaco y solitario que tras la barra años veinte de «El Gallo Rojo» —después recuperado como nuestro querido e inolvidable «Cock»— resistía a aquél lugar tapado, pasado de moda y reducto de un club de «poetas muertos», como lo llamaba Juan Benet, que siempre demostró ser excelente camarada de la buena meditación en barra o mesa. Y de parecida estructura y sobriedad, en camarero, fue el que durante décadas supo mantener una barra esencial para bebedores de vinos finos, olorosos, amontillados o manzanillas, lo único que se puede beber en la más que centenaria taberna «La Venencia», un reducto fielmente mantenido por los sobrinos. Admirable lugar, reducto de puristas taurinos y bebedores del arte de escanciar manzanillas y allegados.

Yo tenía otros camareros, mis camaradas sin himnos ni redobles de tambores, mis camaradas para cabalgar juntos noches de la ley húmeda, una buena ley. Entre ellos el amable Pepe Bárcena que degeneró en escritor por las malas compañías del «Café Gijón», después de hacer la parada con el cerillero Alfonso, que sabía hacer de informador correveidile o de banquero anarquista, amigo añorado de tantos días de tertulia con café, copa y cigarrillo. Y en las mesas Bárcena moviéndose con complicidad, con su capacidad para hacer amable un lugar lleno de buscadores de fama, artistas del sablazo, escritores, pintores y otra fauna de la camaradería de los que sabían de los placeres de estar contentos fuera de casa. Jardiel Poncela, Cela, Umbral, Raúl de Pozo, Manuel Vicent, Tito Fer-

nández, Manuel Alexandre, Sancho Gracia, Rafael Azcona o Álvaro de Luna y los diez mil poetas, actores, pintores y demás grey de ese Café supieron de la importancia de tener un camarero de guardia y confianza.

También fueron inolvidables los camareros de un lugar mítico en nuestra vida y nuestra memoria, el «Whisky Jazz» de la calle Marqués de Villamagna, el primero que conocimos cuando todavía no éramos mayores de edad ni habían cerrado el diario *Madrid*. Empezaba la década de los setenta, no teníamos la edad legal de beber y vivir la noche de humo y jazz de Madrid. Mi novia, que tenía la cara de la quinceañera de las «*paraules d'amor*» del primer Serrat —al menos como yo siempre la imaginé—, le dijo al portero que yo era familia de Tete Montoliu, una pasión que compartimos, y que no podíamos dejar de escucharlo y saludarlo. Se lo contó a Tete, que nunca nos pudo ver, pero le hizo gracia y se nos abrió el paso. Cada vez que ahorrábamos algunos duros nos pasábamos noches de jazz y camaradería.

Antes de volver a casa en el barrio de la Prospe, después de no atender en las clases, nos perdíamos por los jardines de Rosales, por las cercanías del recién inaugurado Templo de Debod, intentábamos besarnos sin que los guardas del parque nos multaran y celebrábamos con otro gran camarero, Juan, el maestro coctelero de los estudiantes con sed pero bastante tiesos, y nos tomábamos algún «lagarto», como un medio cubata agitado en aquella barra de un bar que siempre llamábamos «Los lagartos».

Y recogida. Quizá un último trago de aquel bar-bodega que tanto visitaba y quería el poeta del barrio, aquel de tantas sonrisas y copas del que teníamos que comprar sus libros en las trastiendas de la Cuesta de Moyano o en Fuentetaja. Se llamaba Gabriel Celaya —aunque Rafael fuera su nombre— y nos hizo creer que la poesía era un arma cargada de futuro. Después llegaba la retirada, el sereno asturiano y la prosa de aquel piso de estudiantes con camaradas y novias que fuimos perdiendo. Por terminar con una sonrisa, con una razonable nostalgia, diremos qué, aunque hayamos olvidado a muchos de nuestros camaradas de paso, siempre nos seguirá el recuerdo de los queridos camareros.



Nuestros fotógrafos escribían con la luz

por Jesús Picatoste y José-Vicente de Juan

No había un duro. Los diarios de la competencia, como el vespertino *Pueblo*, disponían del presupuesto ilimitado de la Organización Sindical con cargo al erario público, lo cual les permitía recurrir a técnicas más avanzadas, sin escatimar papel para el despliegue de coberturas gráficas atendidas con desplazamientos de varios enviados especiales a los acontecimientos señalados. Mientras, nosotros, los «del *Madrid*», nos debíamos ajustar a unos medios económicos que siempre parecían insuficientes. No exhibíamos victimismo, nos quedábamos en la envidia profesional y poníamos toda la ilusión en el empeño. Sabíamos dónde estábamos y lo que queríamos, por más que las disponibilidades financieras impidieran cualquier tipo de alarde.

Los «fotógrafos del *Madrid*» competían en condiciones de inferioridad numérica y técnica; sabían muy bien que debían trabajar el doble para estar a la altura. Sin respeto al horario ni a las costumbres, exprimían al máximo las modestas capacidades del laboratorio y reducían al mínimo los gastos con renuncia a los alardes de la especialización. Así se las arreglaban Manolo Urech, con su experiencia y bonhomía; Fernando Wagner, puro nervio y vocación; Alejandro Barahona, dispuesto a lo que fuese con su sentido periodístico; Alfredo Anguita, en la nostalgia murmuradora de los azules; y otros colaboradores más o menos esporádicos, como «Anteno» en las «Noches de Madrid», De Pablo o Guerrero.

Los fotógrafos no eran todavía esas figuras en que se han convertido, se sentían discriminados por los *plumillas*, que les hacían de menos, les acomplejaba su denominación y preferían que los jefes les trataran de «redactores gráficos». Escribían con la luz para captar las imágenes del personaje o del acontecimiento, sin tener interiorizado que cada una de ellas valía más que miles de palabras. Detrás de sus cámaras, los nuestros nunca constituían un elemento inerte, sintonizados como estaban siempre con las inquietudes periodísticas. Vaya para ellos el homenaje al que estas páginas les hacen acreedores.

[La primera versión de este texto se escribió con ocasión del
30 aniversario de la orden de cierre al diario Madrid]

Las fotografías incluidas en la exposición
que se han podido documentar son obra de:

Albero y Segovia

Alcoba

Anguita

Arturo

Basabe

Cervera

Cifra

Coprensa

Cuazam

Díaz Casariego

Europa Press

Fiel

Instantáneas de actualidad

Larrú

López Contreras

Loren

Luque

Nicolás

Ortiz

Ortú

Palomo

Pérez de Rozas

Saiz

Sunc

Torremocha

Urech

Wagner

Yo

FUNDACIÓN DIARIO MADRID

Recién cumplido el 50 aniversario del cierre del diario *Madrid* (25-11-1971), la Fundación Diario Madrid, institución privada y operativa que desarrolla su actividad en los ámbitos del periodismo, la comunicación, la cultura y el conocimiento, es la continuadora del espíritu, los principios y valores que inspiraron la trayectoria de los cinco últimos años (1966-1971) del vespertino madrileño, injustamente clausurado por defender la convivencia, el pluralismo y las libertades públicas como pilares de la futura democracia en España.

La Fundación y su Patronato, a lo largo de sus más de veinticinco años de actividad, ponen especial interés en la defensa de la libertad de expresión, la independencia periodística y la vocación de servicio público, que son la mejor garantía para asegurar, día a día, la democracia.

Su patronato está integrado por Miguel Ángel Aguilar (presidente), José-Vicente de Juan (vicepresidente), Miguel Ángel Gozalo, Victoriano Macías, Javier Fernández del Moral, Nativel Preciado, Juan Claudio de Ramón, Nicolás Franco, Gregorio Fraile, Vicente Llorca, Antonio Fontán Meana, Román Orozco, Antonio Campuzano, Andrea Aguilar, Alfredo Jiménez-Millas, Ana Zunzárrren, Miguel Aguilar y Juan de Oñate.

ASOCIACIÓN DE PERIODISTAS EUROPEOS

Constituida en 1981 y declarada de utilidad pública, la APE permanece abierta a todos aquellos periodistas comprometidos en la defensa de las libertades y en la construcción europea. La integran más de ciento sesenta periodistas con responsabilidades editoriales y su Presidente de Honor es S.M. El Rey.

A lo largo de sus cuarenta años de existencia ha organizado más de 1.600 actividades, de las que más 350 han sido seminarios sobre asuntos como la seguridad y la defensa, la cultura, el empleo, la sociedad de información o áreas geográficas como Centroeuropa, el Mediterráneo, Oriente Medio o Iberoamérica. Ha publicado 170 libros y organizado 73 exposiciones.

Otras iniciativas de la APE son el ciclo de diálogos «España plural, Catalunya plural», creado en 2013 con el propósito de facilitar un espacio para la convivencia y la comprensión mutua ante un conflicto de difícil solución; el Premio de Periodismo Francisco Cerecedo; el Premio de Periodismo Económico; y, en colaboración con la Comisión Europea y el Parlamento Europeo, el Premio de Periodismo Europeo Salvador de Madariaga.

Su Consejo Director está formado por Diego Carcedo (presidente), Montserrat Domínguez, Javier García Vila, Xavier Mas de Xaxàs, Miguel Ángel Aguilar, José Vicente de Juan, Rubén Amón, Ángeles Bazán, Julián Cabrera, Javier Fernández Arribas, Carlos Franganillo, Rafa Latorre, Montserrat Lluís, Sandrine Morel, Rafael Panadero, José Andrés Rojo, Karina Sainz Borgo, Inmaculada Sánchez, Vicente Vallés y José Antonio Zarzalejos.



VIVA MADRID
QUE ES
EL PUEBLO DE TODOS



Este catálogo se publicó en Madrid
en marzo de 2022 con motivo de la
exposición *Aquel Madrid*, dentro
del programa de conmemoraciones
del 50 aniversario de la orden
de cierre del diario *Madrid*

